

UN CARTUJO

La vida en Dios



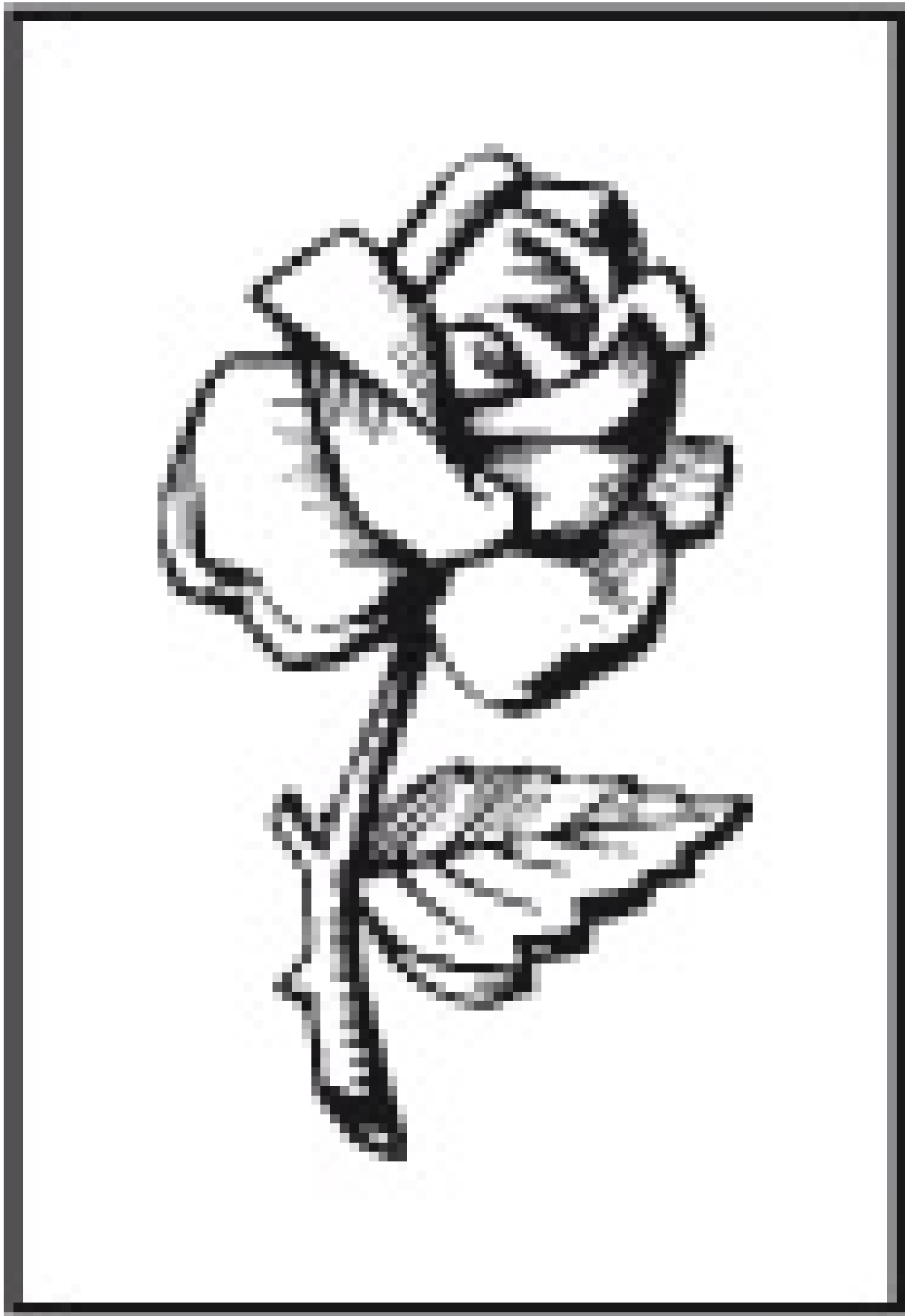
PATMOS
LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

UN CARTUJO

La vida en Dios



PATMOS
LIBROS DE ESPIRITUALIDAD



LA VIDA EN DIOS

Primera edición: febrero de 1951

Sexta edición: septiembre de 2003

© Verlag Friedrich Pustet. Regensbourg, 1951

© By Ediciones RIALP, S.A., 2003

Alcalá, 290 - 28027 MADRID (España)

www.rialp.com

ediciones@rialp.com

Fotografía de portada: La Sagrada Familia del pajarito. Bartolomé Esteban Murillo. Museo del Prado. Madrid.

ISBN eBook: 978-84-321-4115-7

ePub: Digitt.es

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

[Portada](#)

[Créditos](#)

[PRÓLOGO](#)

[Los caminos pequeños](#)

[El humanismo peligroso](#)

[La vida en oración](#)

[LA VIDA EN DIOS](#)

[INTRODUCCIÓN](#)

[I. PRINCIPIOS GENERALES](#)

[Fin sobrenatural](#)

[La vida de la Fe](#)

[La presencia natural de Dios en todas las cosas](#)

[La presencia sobrenatural de Dios en las almas](#)

[El pecado mortal arrebató al alma la presencia de Dios](#)

[¿Cómo está Dios presente en nosotros de modo sobrenatural?](#)

[La vida en la presencia de Dios por Fe, Esperanza y Caridad](#)

[II. MODO DE MEDITACIÓN](#)

[Acto de Fe](#)

Acto de Esperanza

Acto de Caridad

La tarea de la imaginación

Conclusiones prácticas de la meditación

«Se debe orar en todo momento»

Fin y objeto de la vida de oración

Los obstáculos se vuelven medios

Aplicación a la vida práctica

III. EL ESPÍRITU DEL EVANGELIO

Nuestro reino espiritual

Últimas palabras de Jesús

Las promesas del Evangelio

SERMONES CAPITULARES

Octava de la purificación

Exaltación de la Santa Cruz

Natividad de la Santísima Virgen

Inmaculada Concepción

Epifanía

Vigilia de Pentecostés

Fiesta de Todos los Santos

[Fiesta de la Inmaculada Concepción](#)

[Nochebuena](#)

[Epifanía](#)

PRÓLOGO

Emplea bien la ocasión que Dios te ofrece al ponerte este libro entre las manos. Necesitas la doctrina que en él se encierra. Porque hay ciertos errores que sólo cometen quienes buscan la verdad. Y por ello son más peligrosos: saben presentarse bien, se insinúan con mañas insidiosas, con guante blanco de pureza, con rosadas banderolas de ideal o negra austeridad puritana.

Este libro es un antídoto, y mucho más: ofrece primeros principios para la vida. Por lo mismo, lo encontrarás breve como una buena noticia, sencillo como el pan; ahora bien, no te engañes creyéndolo fácil. La desnudez de una verdad no es insignificancia, sino abismo de contenido, una abundancia sin boato, un sinfin de secretos que pueden penetrarse más o menos según sea la sana inquietud inquisitiva del lector, pero bien entendido que sin ese bucear en las profundidades abisales de toda verdad se corre siempre el riesgo de no haber comprendido nada. Cuando un filósofo dice «el ser es el ser», el hombre corriente percibe la identidad de los términos de esta proposición y puede descansar en el brocal de su simple intelección; pero a partir de ese mismo perogrullesco enunciado es como el metafísico edifica toda su sabiduría, y así, como consecuencia gozosa de su esfuerzo, desaparece para él la aparente facilidad de la frase, y en su maravillosa simplicidad penetrada admira mundos caleidoscópicos, inimaginables para el ruin amator de los esquemas. Lo más difícil que hay en la ciencia teológica es la composición de un catecismo: sencillo y verdadero.

Del tema de este libro, la oración, puede decirse lo mismo que de la poesía: «Unas pocas palabras verdaderas...» (Antonio Machado), cada una de las cuales lleva, eso sí, del alma del que ruega o del que canta —*cantare amantis est!*, decía San Agustín—, «un torrente de su sangre, siete años de su querer»¹. Sencillez conquistada con la vida.

Hoy se escribe mucho sobre vida espiritual, se sabe o se cree saber más aún, se domina la terminología ascética, entre otras razones, porque la psicología actual, tan a la moda, se ha apoderado de una parte de ella y, en definitiva, las palabras hacen eco a otras palabras. Hay más saliva que sangre, dice Thibon². Así, a menudo, a los que hablan de oración las ramas no les dejan ver el bosque. Por una parte, las palabras se gastan, pierden eficacia, como los gritos de una soprano trágica para el acomodador que los oye todos los días. Por otra, el mundo cristiano, que tiende, esforzada y ceñudamente, a desenmascarar al paganismo que con él convive, se reduce a un mundo de doctores de la Ley que —como alguien ha dicho últimamente en Italia con frase dura³— quizá volvería a asesinar a Cristo, si en locura de amor repitiese su divina aventura entre los hombres.

Y es que la escena ha cambiado demasiado poco: paganos, pescadores y doctores de la Ley.

Jesucristo, buen Pastor, temía por los Apóstoles cuando lamentaba su incompreensión de lo sobrenatural. No temía el número de sus pecados, ni su deserción hacia las filas paganas: temía una posible degeneración farisaica de sus almas: religiosas, pero enfermas de poca fe. Y por ello les decía: «*Nisi justitia vestra abundaverit plus quam Scribarum et Phariseorum, non intrabitis in regnum caelorum*», si vuestra santidad no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos (Mt 5, 20).

He dicho almas religiosas enfermas de poca fe: es ésta la principal característica del fariseo. En nuestro siglo muchas gentes tienen una especie de fe sin religión y al mismo tiempo el mayor peligro para los cristianos es el de tener una religión sin fe. Reducir la religión a la moral, y una moral que se quede en un único mandamiento: el sexto. Una religión que consista en discutir un centímetro de falda y la escena más o menos «visible» de una película dudosa. Nadie ha autorizado esta reducción de los Diez Mandamientos, en la que caen tantos jóvenes que se afanan por ser castos exclusivamente. Mejor dicho, para muchos, ser bueno es igual a luchar por ser continentes, que no castos, pues la castidad es un vuelo de amor que arrastra en sus alas encendidas la fragilidad del propio cuerpo. Sólo una reducción del Decálogo es válida y legítima: la que hizo el mismo Jesucristo, la reducción al supremo mandamiento del Amor, cumplido con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas (Lc 10, 27).

Al ver tanto formulismo emperifollado y legalista, tanto cristiano acicalado —con afeites y perfumes de baratija, sin un asomo, por supuesto, de mirra—, se siente la tentación de repetir aquel golpe de martillo que Miguel Ángel dio sobre la rodilla de su espléndido *Moisés*, gritando: «¡Habla!». Era perfecto, pero sin vida. Otras veces, al contemplar el «vivir» de muchos exactos funcionarios de nuestro Cristianismo, ¿no te acuerdas de aquel corazón de embrión de pollo que Alexis Carrel hizo latir *in vitro* durante veintisiete años de trabajosa vigilancia? Hay que reconocer que tampoco es cómodo vivir así, pero ¡es tan triste un trabajo tan ímprobo para lograr sólo una vida bastarda!

La santidad —es decir, la perfección de la vida cristiana, su meta en la línea ordinaria de normal desarrollo—, como decía Santa Teresa, no consiste en hacer cosas cada día más difíciles, sino en hacerlas cada vez con más amor.

Fe y Amor. ¡Atención! ¡Penetra bien en estas palabras, no las dejes resbalar por muy oídas! Si ellas no se hacen carne de nuestra carne, el bien que obremos no logrará arrastrar a nadie: no será vital. El mal, en cambio, si es intensamente vivido, desarrolla una fuerza de atracción considerable: arrastra por lo que tiene de vivo, no por la cantidad de mal que contiene, que al fin y al cabo es negación, y, por lo mismo, incapaz de enamorar a corazón alguno. Es indignante ver que el cristiano farisaico pone de verdad su corazón en cosas deleznable, y ofrece a Dios tan sólo la exactitud rígida y sin sangre, la Ley sin Amor... o la conveniencia disimulada. Ante Dios se convierte en un esqueleto

disfrazado de doctor marisabidillo y repugnante, cuyo rastro fétido nos denuncia un alma en putrefacción.

No se trata de vivir de sentimientos, sino de hacer realidad aquel *spiritu ferventes* paulino (Rom 12, 11), porque es el hombre con toda su personalidad el que ha de entrar en relación con el Dios vivo. Un muerto no puede conversar con un viviente, y tan poco vivo es el sentimentalista sin control superior como el cerebral de alma seca y sin amor.

Y al hablar de este tipo de fariseo contemporáneo —producto de un Cristianismo que ignora a fondo lo que es orar—, todos tenemos que hundir la mano en el propio pecho para comprobar si saltan dentro de él las cascadas de agua viva hacia la vida eterna, o bien dejamos que el Reino de Dios muera dentro de nosotros —*Regnum Dei intra vos est* (Lc 17, 21)— para buscarlo fuera, cabalgando sobre nuestros gritos proselitistas, nuestros ademanes barrocos, nuestras acciones soberanamente llamativas a fuerza de deslumbrantes levedades. Característica del mal de nuestros días es la impudicia, su presencia descubierta en la calle, su evidencia provocadora. Ello puede dar lugar a que se crea que el bien tiene que hacerle necesariamente una competencia ruidosa, expansiva. Todos estamos convencidos de que ningún arma es despreciable; es más, de que en nuestro brioso combatir las batallas del Señor hay que blandir todas las armas en sí buenas o indiferentes. Y de que no podemos permitir más tiempo que algunas de ellas estén abandonadas en las manos del enemigo. Se trata aquí ahora, nada más y nada menos, que de subrayar, de proclamar —¡al oído!— aquel *porro unum est necessarium* de Jesús a la febrilidad de Marta (Lc 10, 42). *Illa non omittere* (Mt 23, 23), pero cuidar de que las obras no sean seco ramaje, aparatoso y sin savia, y sin el humilde hundimiento de las raíces en la tierra, en dulce y realista ensoñación de madurescences frutales. El grito audaz en la asamblea pública se perderá en el aire enrarecido, sin tu secreta oración, en tu secreta estancia. La multitud de tus trabajos apostólicos y caritativos puede llegar a ser vano abalorio, y aun engaño, sin la corriente oculta de la vida, que sólo en Dios se encuentra. Y a Dios se le halla «del alma en el más profundo centro». *Vita vestra abscondita est cum Christo in Deo* (Col 3, 3).

Gritar hacia fuera y no clamar hacia dentro es el origen de todas las afonías y quebrantos de los cristianos. El Reinado de Dios no se extiende queriendo abrirle camino con las relucientes armas de nuestro atómico 1950: fallas exiguas en una noche de hogueras. Hay que aprender a orar, a vivir hacia adentro, a SER. La acción irrumpirá luego, ineludiblemente, «como la flor estalla en la rama que ya no puede más con la Primavera que lleva dentro»⁴. Y mientras nuestra capacidad de lo divino, de lo santo, no haya sido colmada, el deseo, el afán, el hambre y la sed de santidad personal serán el fermento que se propagará de nuestros labios abrasados, de nuestros cansados brazos y de nuestras manos constantemente abiertas por la súplica y la donación. Este es el *Unum necessarium*: hambre y sed de santidad, que quiere decir hambre y sed de interioridad.

Entre las manos tienes un libro que te enseñará a entrar dentro de ti mismo.

LOS CAMINOS PEQUEÑOS

Se habla mucho de simplicidad, de sencillez, de caminos pequeños, de hacer amable la virtud. Y conviene. Nunca lo múltiple fue perfecto: Dios es la máxima simplicidad, el Acto Puro. Pero hoy algunos cristianos se agazapan cucamente bajo estos ropajes, no simples, sino simplistas. Amor a la vida ordinaria no debe entenderse como contentamiento con lo vulgar, que podría ser puro miedo al heroísmo de las virtudes que exige la auténtica santidad, la cual consiste en llevar con fidelidad extraordinaria ese «terrible vivir cotidiano» de que hablaba el Papa Benedicto XIV.

Hay cristianos, verdaderos fariseos de nuestros días, que ensalzan los «pequeños caminitos», pero lo que buscan es comprar el Reino de los Cielos a buen precio —con la menta y el comino—, y no quieren saber nada de las intransigencias del Amor ni de sus altas ternezas. Hablan mucho y dulzonamente de Jesús manso y humilde de corazón, más que bueno, buenazo..., sin parar mientes en que al pintarle así están deformando su imagen hasta hacerle parecer injusto. Tales cristianos no quieren saber nada de ascetismos ni de misticismos. Dicen que aman la simplicidad porque no quieren complicarse la vida con las locuras de la Cruz. Aman la normalidad, pero la normalidad horizontal y apática del alma aburguesada, y no la adorable y heroica normalidad de Jesucristo *perfectus homo y perfectus Deus*. La normalidad que ellos tanto cacarean —«¡todo es compatible!»— es mediocridad; la del santo, en cambio, es la santidad misma.

No saben, o no quieren saber, que la simplicidad es amor a la verdad, la misma verdad según Santo Tomás⁵, mientras que ellos la ignoran y falsean el tipo humano del santo, porque éste, como Cristo, es hombre que podría decir: *veritatem vobis locutus sum* y por ello *quaeritis me interficere* (Io 8, 40). Virtud de la simplicidad que se opone a la doble, a la repugnante viscosidad innoble de la restricción mental... tan farisaica. ¡Únicamente *Veritas liberabit vos!* (Io 8, 32). El «Centurión», de Ernesto Psichari, escribía estas palabras grandes en la inmensidad del desierto africano que le llevó a Dios⁶: «Yo sé que hay hombres que pretenden amar la verdad. Pero si una verdad viene de Dios, la rechazan y se tapan la cara como los hipócritas y los fariseos. Quieren pesarlo todo y controlarlo todo... Aceptan la verdad a condición de que pueda encajar en los moldes que le preparan... Habían de meter su brazo en la llaga abierta del flanco del Salvador, como hiciera Tomás Dídimo, y dirían aún: ¡No creo!».

Nuestros «buenos» cristianos, a pesar de que quizá dicen cien veces al día: «Hágase tu voluntad», no quieren creer que «ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación» (I Thes 4, 3), y que la verdad de tal santidad es el heroísmo vivido, sin escrúpulos ni complicaciones, y con la máxima naturalidad. Santa Teresa del Niño Jesús, tan invocada como patrona de los «caminitos de perfección», fue una heroína del sacrificio escondido y de la Cruz llevada a plomo; quien afirme que desea seguir el camino de santidad que

ella enseñó, que examine su alma y vea qué es lo que ama: si aquel «grande caminito» o su propia comodidad ruin. Hay una simplicidad heroica y una simplicidad mezquina: ¡cuidado con confundirlas!

Nietzsche decía a los cristianos que no se condenarían por sus pecados, sino por su *insuficiencia*. Y en muchos casos es exacto. Ya el amable San Juan de la Cruz⁷ increpaba durísimamente a los maestros de espíritu que cortan las alas de las almas afanosas de altura: «Acaecerá que anda Dios ungiendo algunas almas con ungüentos de santos deseos y motivos de dejar el mundo y mudar vida y estilo y servir a Dios, despreciando el siglo..., y ellos allá con unas razones humanas o respetos harto contrarios a la doctrina de Cristo y de su humildad y desprecio de todas las cosas, estribando en su propio interés o gusto, o por temer lo que no hay que temer, o se lo dificultan o se lo dilatan, o lo que es peor, por quitárselo del corazón trabajan... A los cuales amenaza Nuestro Salvador, por San Lucas (Lc 11, 52), diciendo: “¡Ay de vosotros!, que tomasteis la llave de la ciencia y no entráis vosotros ni dejáis entrar a los demás”; porque éstos, a la verdad, están puestos en la tranca y tropiezo de la puerta del Cielo, impidiendo que no entren los que les piden consejo, sabiendo que les tiene Dios mandado no sólo que los dejen y ayuden a entrar, sino que aún los compelan a entrar, diciendo por San Lucas (Lc 14, 23): “Porfía, hazlos entrar para que se llene mi casa de convidados”; ellos, por el contrario, están compeliendo que no entren. De esta manera es él un ciego que puede estorbar la vida del alma que es Espíritu Santo, lo cual acaece en los maestros espirituales de muchas más claras maneras que aquí queda dicho, unos sabiendo, otros no sabiendo; mas los unos y los otros no quedarán sin castigo, porque teniéndolo por oficio, están obligados a saber y mirar lo que hacen.» Estas preciosas palabras, tan actuales, no sólo hay que aplicarlas a los problemas de llamamiento específico a la vida de perfección, sino a la genérica y universal vocación de todo cristiano a la santidad.

Es el mismo San Juan de la Cruz quien arrebatadamente canta aquel «¡Volé tan alto, tan alto, que le di a la caza alcance!». En el cielo sólo hay santos. Los que dicen que se contentan con un último lugar —como los que apuntan bajo—, corren el riesgo de equivocarse el blanco, aparte de mostrar toda la anemia de su alma rijosa en un cuerpo probablemente marchito.

Decía Tayllerand que con las bayonetas se pueden hacer muchas cosas, menos una: sentarse encima de ellas. De la misma manera un verdadero cristiano tampoco puede sentarse encima de su alma, impedirle volar, quedarse en una derribada comodidad somnolienta. Dios nos puso en este mundo como flechas elegidas —*sicut sagittam electam* (Is 49, 2)—, y no puede perdonarnos ninguna flexión deliberada, que siempre es una traición. Debemos correr y apresurar el paso detrás de Jesucristo que *exultavit ut gigas ad currendam viam* (Ps 18, 6), sin maravillarnos de nuestro cansancio, pero sin abandonarnos de ninguna manera en la tumbona de cualquier cuneta. No te extrañe, te repito, que a veces sientas la fatiga, que te pese el manto regio de tu vocación de santidad —teñida con la púrpura del Rey de Reyes—, como al fuerte Cristóbal le pesaba

el Niño exiguo sobre los hombros fornidos, y al coloso Agustín su propio amor de Dios: *Amor meus, pondus meum!*

Otros hay que insisten torcidamente en que la virtud está en el punto medio y caen en la mediocridad más despreciable. Olvidan que nada hay más preciso que un punto, y que la mediatrix que sobre él se alza se conserva equidistante de los viciosos extremos, ganando en altura y en belleza.

Buscan el justo medio —«¡no hay que exagerar!»— y «en el medio encuentran un medio Dios, reducido a su medida, hecho casi comprensible para su mediocridad»⁸.

Insisto en que, indudablemente, Dios ama la simplicidad, en que la santidad es la perfección en la vida ordinaria, en que una parte de la formación de muchos católicos debiera consistir en quitar complicaciones a su vida espiritual, atenazada por mil pequeñeces de neurótico. Pero la simplicidad, el hombre la conquista con la paz, esto es, a través de la guerra. Con el *ostinato rigore* de Leonardo de Vinci. Y hay la paz de Dios perfectamente inmóvil en la eterna actividad de su vida íntima, y hay también la paz irremediable de los muertos. Y la paz de la vida sencilla después de una guerra, y la que se obtiene a fuerza de anesthesiarse el alma o de inocularse virus de parálisis. El santo compra la paz con su sangre; la Vida, con su misma vida entregada sin reservas.

Otras veces se llama prudencia, comprensión, liberalidad, a lo que no es más que cobardía, ñoñez, falta de amor. Otros se esconden bajo la fórmula tan aceptada del «hago lo que puedo», cuando ésta no ha sido nunca suficiente norma de conducta; ante todo, como afirma un dicho italiano, se hace lo que se debe —¡agotándolo!—, después se hace lo que se puede, y ¡entonces será posible hacer lo que se quiere!

Está claro que no hay posible salvación sin santidad, y no hay santidad posible sin altas ambiciones, sin hambre y sed de justicia, sin esa cuerda locura que lleva al hombre a su más alta perfección, abrazando la Verdad Absoluta con su inteligencia que no cesa hasta encontrarla, y el Amor inamisible con su voluntad transida hasta que lo alcanza en los más audaces vuelos.

Por eso, el cristiano-fariseo no comprende que la santidad exige un penetrar en las profundas hondonadas de la vida de oración, sin quedarse en el umbral de cuatro plegarias en guerrilla, eficaces sólo para momentos de urgencia. Que el buen cristiano que ora tiene incesantemente en al boca aquellas llameantes palabras de San Francisco Xavier: *Amplius, Domine, amplius!*; ¡Más, Señor, más! Todo hombre de oración debe ser un «varón de deseos» (Dan 9, 23), una «llama de amor viva», y el fuego, como dice San Agustín, nunca dice basta. Y añade el mismo Santo: *Dixisti sufficit, et periisti!*: ¿Dijiste basta? ¡Perciste!⁹.

No te contentes, lector, con tu oración actual, sea del grado que sea, es lo mismo. Como aquella Compañía hispanoamericana de navegación aérea, toma tú por lema éste: «Cada vez más alto, cada vez más rápido, cada vez más lejos.» Y con humildad y sacrificio, cada vez más generoso. Los más grandes humildes fueron siempre, en la Iglesia de Dios, los audaces más grandes. Quien *se queda niño* es un retrasado; sólo quien *se hace niño* —a través de luchas de titán— es un santo, y por ello entra en el reino de los cielos.

Y hay que darse prisa, porque «el tiempo es breve» y la caridad de Cristo nos aguijonea: *Charitas Christi urget nos!* (2 Cor 5, 14).

EL HUMANISMO PELIGROSO

Hace unos cinco años la revista francesa *La Vie Spirituelle* abrió la encuesta siguiente: «¿Hacia qué tipo de santidad nos encaminamos?»

Las respuestas fueron desoladoramente unánimes: «Nuestra espiritualidad —decía una de ellas— es un humanismo cristiano. La tendencia más acentuada, sobre todo entre los jóvenes, es de una libertad total en el sentido del desarrollo en todos los campos. Mortificación en lo que la vida impone. Pero la lucha contra uno mismo, la búsqueda de la mortificación encuentra pocos adeptos y sería severamente juzgada, y aun escandalizaría. Buscar la cruz para asemejarse a Nuestro Señor Jesucristo, como San Francisco de Asís en su “alegría perfecta”..., no entra en las perspectivas de la espiritualidad contemporánea.» (Respuesta de un Consiliario de Acción Católica.)

Este tema plantea el peligro de que la doctrina recta, la palabra de Vida, no sea entendida con exactitud.

Los lectores de esta Colección saben bien cuál es —y cuán grande— «el valor divino de lo humano». Clara, recia y muy sobrenaturalmente lo ha entendido J. Urteaga¹⁰, y lo ha expresado en prosa caliente y juvenil. Saben perfectamente que los *valores humanos hay que utilizarlos*, que sería erróneo querer prescindir de ellos, *que hay que entroncarlos* en una auténtica vida interior, porque la naturaleza no es destruida por la gracia. En efecto, las virtudes humanas tienen mucho de divino, pues divinizadas fueron por el mismo Cristo, que gustaba de llamarse «Hijo del Hombre», y encontraba sus delicias en estar con los hijos de los hombres. Aquel «por quien fueron hechas todas las cosas» (Credo de la Misa; Io 1, 3) ama cuanto existe y «nada puede odiar de lo que hizo» (Sap 11, 25).

El hombre íntegro, en la plenitud de su ser, cuerpo y alma, es el que ha de santificarse, y para lograrlo no puede —ni tiene por qué— prescindir de la naturaleza con que Dios le creó.

Pero no se habla ahora de eso. Por el contrario, se trata de evitar ese otro peligro de deficiente visión sobrenatural que se esconde en la actitud sospechosa de quienes quisieran conciliar el «hágase mi voluntad» de todo humanismo, y el «hágase Tu voluntad» del Cristianismo, con la fórmula —¿ingenua?— de aquella monja que, según recuerda Olgiati, inventara una jaculatoria desconcertante por lo brutal. «¡Hágase mi santa voluntad de Dios!»

Muchos no han logrado calar en la profundidad sobrenatural que encierra la búsqueda de la perfección en la vida ordinaria, y van detrás tan sólo de una perfección puramente humana, lograda a fuerza de voluntad, perfección que deberíamos llamar «apolínea». Por eso es preciso también hacer resonar en todos los corazones *sine me NIHIL potestis facere* —sin Mí NADA podéis hacer (Io 15, 5)— y aquel *nisi Dominus aedificaverit domum, in vanum laborant qui aedificant eam*, si el Señor no levanta la casa, en vano trabajan los que la edifican (Ps 126, 1).

Lo primero —se proclama— es ser hombres, desarrollar la propia personalidad, «integrar en nuestra santidad lo más posible de valor humano». Magnífico. Pero a continuación algunos añaden con inconsciente descaro: «Yo no apruebo a San Juan de la Cruz... porque tiene una santidad antihumana. Porque llega a santo, a pesar de su naturaleza, haciendo tabla rasa de todo lo que es humano.» Y alguien ha llegado incluso a comentar: Consolémonos y excusemos a San Juan de la Cruz pensando que «él era un contemplativo... Quizá las gentes retiradas del mundo poseen más de la Redención, y los que estamos en la vida corriente más de la Encarnación». El error que estas palabras encierran es evidente y grave, y contra él hay que dar la voz de alerta.

Se busca a veces la exaltación del hombre, se busca el éxito eterno, la felicidad física sin condiciones, sobre todo sin renunciamentos, sin Cruz. Las gentes no quieren «sacrificios de lujo». Olvidan frívolamente que el camino de la perfección es único y el mismo para todos: el camino que el mismo Jesucristo enunció con estas palabras que no reconocen limitación en el tiempo: *Si quis vult post me venire abneget semetipsum, tollat crucem suam quotidie et sequatur me*, si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz de cada día y sígame (Lc 9, 23). ¿Pretenderá alguien cambiar lo que está en la raíz misma del Cristianismo, trasladando el centro de la espiritualidad de Cristo al hombre? El que quiera hacer un cristianismo antropocéntrico socavaría su misma base, y la primera víctima de esta monstruosa mixtificación sería el hombre iluso y exaltado que pretendiera *encontrarse* fuera de Dios, en el cual «vivimos, nos movemos y somos» (Act 17, 28). El hombre sólo es perfecto en Cristo Jesús (Col 1, 28), y a Cristo sólo se llega olvidando el propio yo: *Relinque te et invenies me*, olvidándote me encontrarás¹¹.

Por otra parte, el espejismo de buscar tales facilidades excesivas en la vida espiritual está basado en un gran embuste, ya que históricamente el humanismo antropocéntrico y egoísta ha fracasado. Como decía Mons. Olgiati en la Semana de Espiritualidad de 1949 en Roma: Exaltando al hombre —*Uebermensch*— nos han dado el *Untermensch*, un ser inferior al hombre; el ejemplo de la Alemania racista y nietzscheana grita bien alto. Ni siquiera psicológicamente hablando es posible el desarrollo de la personalidad sin una gran cantidad de renunciaciones. El hombre, como la obra de arte, se hace a base de renunciamentos.

Quizá todo esto sea menos aplicable al ambiente español. Pero es necesario estar en guardia, porque en todas partes muchos piensan o se comportan de la manera que estamos comentando, y olvidan el *violenti rapiunt* del Evangelio (Mt 11, 12); olvidan que hay muchos valores humanos que sólo lo son si sabemos acomodarlos a la voluntad de Dios, y que en determinadas circunstancias o se sacrifica la vida o se es apóstata. ¡Esta es la disyuntiva tremenda y gloriosa de los mártires!

En todas partes hay muchos que no quieren ni siquiera oír hablar de la necesidad que el hombre tiene de negaciones, de mortificación, y, sin embargo, charlotean sobre persona, educación, activismo, dinamismo, problematismo, filosofía o pedagogía de la vida interior. Así nos preparan toda la serie de los que, con tal de no sacrificarse a sí mismos, sacrifican a los demás a su propio egoísmo multiforme. Así forman almas

juveniles que cantan himnos a las Primaveras helénicas, y luego «afirman sus personalidades» en casas de corrupción. *Sine effusione sanguinis non fit redemptio!*

¿Se engañaría San Pablo cuando ansiaba «disolverse y estar en Cristo» (Phil 1, 23); cuando decía que su «vivir era Cristo» y para él «la muerte una ganancia» (Phil 1, 23); cuando nada quería saber sino Jesucristo *et hunc crucifixum?* (1 Cor 2, 2). ¿Se engañaría San Andrés abrazándose con gozo a la cruz, *diu desiderata, sollicite amata, sine intermissione quaesita et iam concupiscenti animo praeparata?*¹². ¿Y con ellos todos los mártires que avanzan hacia las fieras con cánticos nupciales? ¿Y todos los santos que la Iglesia canonizó, y todos los ascetas y todos los místicos, y todos los que, por ejemplo, renuncian al matrimonio por un amor más alto y duradero? ¿Y todos los que, como ellos, consideran esencial para la santidad el esconder sus vidas *cum Christo in Deo*, porque aprendieron de los labios de la Iglesia que nada hay en el hombre si no es vivificado por el Espíritu Divino: *sine tuo numine nihil est in homine?*¹³.

La perfección cristiana está en el Amor —esta fuerza en la que el hombre se pierde a sí mismo— y «donde hay amor hay dolor»¹⁴. Un Cristianismo sin Cruz no es Cristianismo. Un humanismo sin renunciamiento es una insulsa mentira, pues aun el mismo filósofo de la Acción¹⁵ nos dice que «obrar es sufrir porque significa elegir, limitarse, y que el sufrimiento es signo de reparación y de progreso que... nos arranca del engaño de querer el menos para llevarnos a querer el más... que es en nosotros lo nuevo..., lo infinito que traspasa nuestras vidas como una espada reveladora». O, para decirlo con Thibon, digamos que todo hombre ha de perderse: o entre los demás hombres o en Dios, abrazando en el último caso aquella maravillosa y suprema impersonalidad de los santos —de que habla tan a menudo el gran teólogo Garrigou-Lagrange— (*agios* = sin tierra), íntimamente unidos con Dios, sustituyendo su pensar, su querer y su amar por el pensar, querer y amar de Jesucristo.

Y en esta entrega total de uno mismo, en este saber disminuir para que Él crezca (Io 3, 30) es como el hombre alcanza —dolorosa y alegremente— la mayor perfección imaginable, pues pisando las abrasadas huellas de Jesús se levanta por encima de su misma naturaleza, finalidad de la Encarnación del Verbo: *Deus fit homo ut homo fieret Deus!* Dios se hizo hombre para que el hombre se hiciera Dios¹⁶.

Así se puede ver cómo los falsos humanistas, con su triste reducción de la dignidad del cristiano, tienen bien poca ambición. En el mundo arcádico que ellos creen levantar nos sentimos tremendamente angustiados quienes queremos vivir como hijos de Dios.

Por otra parte, la alegría cristiana —descendida de la Cruz— no se obtiene sino «subiendo a ella y dándolo allí todo con una sonrisa. ¡Allí la alegría, allá la libertad, allá la gracia, allí la juventud eterna!»¹⁷. Esta alegría la ha saboreado todo el que sabe algo de generosidades arrancadas de la propia carne, y, en cambio, al joven desgraciadamente célebre del Evangelio, porque no quiso entregarse, le agarrotó inmediatamente la tristeza: *abiit tristis!* (Mt 19, 22). Esta alegría, que no es solitaria ni tan «elevada» que desprecie este mundo maravilloso en que vivimos, pero sin codiciosos intereses —¡ah!, ¡la terrible soledad del egoísta!—, ama en profundidad, con ese amor que descubre en el

Universo —el cotidiano Universo— «*la fronde onde s'infronda tutto l'orto dell'Ortolano eterno*»¹⁸.

Ya San Pablo habló del engaño de los que creen que darse totalmente a Cristo es precipitarse en la negación absoluta, y describe fogosamente a los primeros cristianos: *quasi morientes, et ecce vivimus...; quasi tristes, semper autem gaudentes; sicut egentes, multus autem locupletantes; tamquam nihil habentes et omnia possidentes!* (2 Cor 6, 9-10).

Para los ojos de los estúpidos murieron, pero ellos reposan en la paz de Cristo: *Visi sunt oculis insipientium mori, illi autem sunt in pace* (Sap 3, 3), canta de sus mártires la Iglesia, y lo mismo puede repetirse de todos los que se dan a una vida de intimidad con Dios, a través de sacrificios que la gente —aun buena, aun apostólica— no logra casi nunca comprender.

Y, sin embargo, esto es mucho más optimista, mucho más seguro y más grande, y no se aparta del camino evangélico de la Cruz «por la cual vino la alegría a este mundo»¹⁹. Garantía de actividad y de fecundidad. Los que pretenden que los «santos de mañana no serán penitentes, sino más bien los reyes de la Creación»²⁰, olvidan que hay un único camino que conduce a las estrellas: *Per aspera ad astra! Per Crucem ad Lucem!*

Y es camino de apostolado. Los Apóstoles —*tamquam morti destinatos*, les llama San Pablo (I Cor 4, 9)— tendrán siempre que aprender, como los caballeros antiguos en el día en que eran armados, que «son omes que entran en carrera de muerte»²¹. La muerte del grano de trigo que se entierra y tan sólo así da mucho fruto (Io 12, 24). Porque triste apostolado sería el de atraer disimulando. Quitad a la santidad la Cruz y le habréis quitado su extraordinaria fuerza arrolladora. Tener el valor de proclamar la reciedumbre del camino es, simplemente, declarar la altura de la cima propuesta: diana para las almas nobles, escuela para las humildes, corona para los esperanzados.

LA VIDA DE ORACIÓN

Todo ello viene a cuento para decirte, lector, que la oración, tan sencilla, exige renunciamentos, y es tan sólo a través de ellos como podemos llegar al *semper orare et non deficere*, al orar siempre y sin desfallecer (Lc 18, 1).

La dificultad viene de la perseverancia. Ser fiel a la oración quiere decir saber agotarse como Cristo, empapado en sangre, bajo los torturados olivos negros de Getsemaní, rociados por la luna de Nisán. Quiere decir perseverar *positis genibus*, aunque sea sobre la dura piedra y con el corazón acorchado y con la lengua de esparto. Quiere decir —«Si quieres saber orar, entra en la mar», dice un proverbio español— aventurarse en los mares de plomo, y en los mares revueltos, y en los mares helados. Quiere decir penetrarse de que el Verbo de Dios Omnipotente bajó tan sólo de su alto trono celeste *dum medium silentium teneret omnia, et nox in suo cursu medium iter haberet*, en el gran silencio de tus galerías interiores y en la noche clara y profunda de tu recogimiento²². Quiero dejar consignado —¡no te asustes!— que el recogimiento es el secreto de la vida de oración. Y que este amoroso silencio interior —ceñida sobreabundancia— exige una generosidad sin fronteras.

Recogerse no significa olvidar, significa atender, como un hijo atiende al padre que le habla. Quiere decir esforzarse activísimamente hacia adentro, dejando la ridícula pretensión de encontrar a «Dios escondido»²³ en las plazas y en las calles de la ciudad; que al Señor lo llevamos con nosotros siempre, y siempre hemos de buscarlo dentro, aun caminando *por* las calles y las plazas de la ciudad. Interiorizarse —¡no abandonarle!—, recogerse, supone una marcha hacia atrás del que espontáneamente se encuentra fuera y en fuga dispersiva. Requiere sacrificios no impuestos sino por el amor, que ninguna riada puede apagar (Cant 8, 7). Por el amor sobre el cual, en fin de cuentas, tendremos que ser juzgados, al decir de San Juan de la Cruz.

Romano Guardini, en su libro *La conciencia*, nos invita a examinarnos después de haber dado un paseo por la ciudad con todos los sentidos abiertos: luces, colores, gritos, anuncios, periódicos llamativos, críticas, palabrillas y palabrejas, bisbiseos de enamorados, actitudes doctorales, y velocidad, y baile en un entresuelo, y mendigos, y títeres y risas y llantos... ¡Qué griterío caótico en nuestro corazón! Hay que evitar que las calles de la ciudad se abran plaza en tu corazón. Consérvate para Dios, y entonces lo verás todo más bello, más grande, más digno y más real. He aquí un deporte para almas varoniles. *In silentio et in spe erit fortitudo nostra*: en el silencio —tú me comprendes, sin rarezas ni mojigaterías— y en la esperanza estará nuestra fortaleza (Is 30, 35).

Como ves, este recogimiento no es huida ni pusilanimidad. Hay un recogimiento más íntimo y de mayor importancia. No se trata solamente de impedir la invasión que te despersonaliza y te hace gregario, sino de calmar tus oleajes interiores. «Por el mucho imaginar enferma la memoria», decían Ramón Llull. La memoria que debes ejercitar en

el recuerdo constante de este Dios que puso su reino en tu alma. Frena tu fantasía y serás alma de oración. Esta fantasía que, por otra parte, es el origen de casi todas tus desazones y tus descorazonamientos: ama la realidad, la verdad, y harás tu juventud más duradera y más firme. La mucha imaginación no es característica juvenil, sino de la provisionalidad inestable de la adolescencia.

Entonces la presencia de Dios en todas las cosas, y sobre todo en ti mismo —de que te va a hablar este libro—, podrás vivirla con el gozo, renovado todos los días, de tus soberbios descubrimientos: *In Christo facta sunt omnia nova* (2 Cor 5, 17). Cada día se borran tus sendas anteriores, y en el mar de Dios haces tus caminos nuevos abriéndolos con pasos enamorados: «Caminante, no hay camino, sino estelas en la mar»²⁴. No salirse del mar parece fácil, pero hay que huir de la tentación de los puertos: *Duc in altum!* es la consigna de Cristo (Lc 5, 4). Y el gran poeta Maragall se hace eco de estas palabras divinas²⁵:

*¡Vigila, espíritu, vigila,
no pierdas nunca tu norte,
no te dejes llevar a la tranquila
agua mansa de ningún puerto.
Vuelve, vuelve los ojos al aire,
no mires las playas ruines,
da la frente al gran aire
siempre, siempre mar adentro!*

La dificultad de la oración —la oración no es complicada, los complicados somos nosotros, y tenemos que luchar para simplificarnos, para alcanzar la simplicidad esencial, no aquella superficial que más arriba denunciábamos— está en saber recogerse. Logrado esto, se ha logrado todo.

Claro que para ello se requiere mucha gracia de Dios; sé humilde y lucha generosamente con tu esperanza puesta en el don de Dios, tan superior a la deleznable esperanza en tus medios humanos que hoy tan poderosos se pretenden: *Hi in curribus, et hi in equis: nos autem in nomine Domini Dei nostri* (Ps 19, 8). Cásate en tu lucha y ruega en tu cansancio, porque «Dios no exige imposibles, sino más bien mandando te pide que hagas cuanto puedas y que pidas lo que no puedas»²⁶. Él guardará la ciudad amurallada de tu recogimiento, si tienes el valor de tus creyentes antepasados cuando en la magnífica Puerta de Alcántara que hay en Toledo tallaron en la piedra dura su monumento de humilde e invencible esperanza: *Nisi Dominus custodierit civitatem frustra vigilat qui custodit eam* (Ps 126, 1). Si el Señor no custodia la ciudad, inútilmente vela el que la guarda.

Y la fuerza que alimenta secretamente esta esperanza es el Amor. Tienes la misma defensa de los pobres que viven en covachas agrietadas: está bien que trabajes para tapar una a una las grietas por donde el recogimiento se te escapa, pero es mejor que enciendas un gran fuego en el centro de tu corazón, y así ningún frío podrá atarazar tu interior

vitalidad enamorada. No temas ningún asomo de quietismo en mi consejo, pues, como dice San Juan de la Cruz²⁷: «El amor nunca está ocioso, sino en continuo movimiento, como la llama está siempre echando llamaradas acá y allá; y el amor, cuyo oficio es herir para enamorar, como en la tal alma está en viva llama, estéle arrojando sus heridas como llamaradas ternísimas del delicado amor, ejercitando jocunda y festivamente las artes y juegos de amor..., mostrándole allí sus gracias, descubriéndose allí sus riquezas y la gloria de sus grandezas.»

Con estas premisas —y sin ellas quizá, porque el libro que vas a abrir te las hará presuponer si le dejas que te gane—, éntrate en este camino de sencilla oración que ahora se te ofrece escueta e incisivamente. Aprende con él a adivinar al Señor en todas las cosas y, sobre todo, en ti mismo. Humilde y generosamente.

Roma, julio de 1950.

LA VIDA EN DIOS

Más de una vez se ha dirigido a nosotros, los hombres de hoy, el monje blanco y silencioso que nos habla de la paz divina.

En el «Paraíso Blanco» (Ars Sacra, Múnich), en su capítulo principal «El cartujo habla».

En el librito «En el hechizo de la Trinidad» (Friedrich Pustet, Regensburg).

En la biografía «El Padre Antón Jas» (Ars Sacra, Múnich).

El presente libro ha mostrado ya su fuerza y fecundidad. Él formó principalmente, subordinado naturalmente a la gracia de Dios, la vida mística del Padre Antón Jans, que poseyó el manuscrito original y lo estimó mucho, legándolo a sus padres como recuerdo. Si estudiamos la obra con sinceridad, nos ayudará con su clara sencillez a la comprensión del sentido supremo de la vida, «la vida en Dios».

FEDERICO KRONSEDER, S. J.

Múnich, 1935.

INTRODUCCIÓN

Jesucristo dice: «El Reino de Dios está en medio de vosotros» (Lc 17, 21). No sólo como en todas partes, sino en lo más profundo de nuestro ser: «Si alguno me ama, guardará Mi Palabra, y mi Padre le amará y vendremos a él y pondremos en él nuestra morada» (Io 14, 23).

Por desgracia, penetramos demasiado poco esta verdad. Muchas almas se esfuerzan noblemente por llevar una vida cada vez más pura, pero son pocas las que escogen la Fe como guía seguro, sacan fuerzas de la Esperanza y se dejan inflamar absoluta y totalmente del Amor para participar así con plenitud de la vida que Jesús nos trajo.

Vivimos envueltos por un testimonio divino de amor, Dios no nos impide que desde hoy vivamos en la más íntima unión con Él. Basta que queramos con toda nuestra alma vivir esta vida sobrenatural en Dios. Conocemos la línea recta y el camino se nos ofrece abierto. En nosotros está el seguirlo; si no lo hacemos, es culpa nuestra.

Sin embargo, confesémoslo: «Los hijos del mundo son más sagaces en sus negocios que los hijos de la luz» (Lc 16, 8). Llevamos en nosotros un tesoro precioso de valor infinito —la gracia santificante—. Pero no lo apreciamos, y por eso mismo lo hacemos estéril. ¿Acaso nuestro Salvador no se refiere a ello cuando en la parábola de los talentos relata que el criado infiel enterró su talento bajo tierra y lo dejó estar? (Mt 25, 18).

Pero Jesús no se conforma con ofrecernos sólo este reino de íntima unión de amor con Él. Nos apremia con ímpetu, casi nos obliga a aceptarlo. Obra con nosotros como con aquellos pobres y lisiados del Evangelio que el Señor hace llamar al divino banquete y que no tienen libertad para rechazar esta invitación: «*compelle intrare*» —«oblígalos a entrar»— (Lc 14, 23).

Sigamos la invitación de su bondad, y desde ahora roguemos a Dios con la Iglesia: «Señor, concédenos aumento de Fe, de Esperanza y de Caridad» (Domingo XIII de Pent.).

No nos conformemos en adelante con comenzar y cerrar nuestra labor cotidiana con un par de oracioncillas. Tales ejercicios aislados no forman una vida. Vivir significa una actividad mantenida y duradera. Jesús mismo quiere ser nuestra vida: «Yo soy la vida» (Io 11, 25).

Siempre, sin cesar un solo instante, debemos estar unidos a Dios. No correspondemos a Dios con unos cuantos actos piadosos y con ésta o aquella devoción. Nos quiere entregados enteramente. Nos reclama nuestro tiempo, todas nuestras fuerzas, nuestra alma entera. Para ello nos da la posibilidad de comenzar la vida Eterna ya desde la tierra.

Sigamos el llamamiento de nuestro Maestro para poder aspirar el aire maravillosamente puro y claro de las verdades eternas.

Para introducir las almas en ese mundo sobrenatural, bosquejemos en lo que sigue un método de meditación sencillo y práctico que permitirá al alma convertir toda su tarea diaria en ininterrumpida oración conforme a las palabras del Evangelio: «Se debe orar en todo momento sin desfallecer» (Lc 18, 1).

Sin embargo, antes de establecer ese método de meditación, establecemos los principios en que descansa. A continuación indicamos que estas verdades y sus consecuencias están clara y distintamente enunciadas en el Evangelio en las palabras de Jesús.

I. PRINCIPIOS GENERALES

FIN SOBRENATURAL

Si dirigimos nuestra mirada sobre la vida espiritual que hemos tenido hasta ahora, nos admiramos

y quizá nos consternemos de la lentitud de nuestro avance e incluso de la total carencia de progreso. ¿Por qué tantos esfuerzos han permanecido infructuosos? ¿Por qué debemos reprocharnos, siempre quizá tras de una serie de años de vida ascética, las mismas debilidades y faltas? ¿No habremos descuidado desde el principio lo más esencial? ¿No habremos seguido un camino falso?

La puerta que conduce al Reino de la vida divina es única. Sería vano nuestro esfuerzo para conseguir llegar a él de otro modo. Nos asemejaríamos a torpes ladrones que mediante el empleo de su astucia pretendiesen en vano penetrar en una casa bien vigilada: «El que no entra por la puerta, sino que sube por otra parte, es un ladrón y un bandido» (Io 10, 1).

Esta puerta única es Cristo: «Yo soy la Puerta»; es la Fe en Él: «Quien cree en Mí tiene la Vida Eterna» (Io 6, 47). Pero ha de ser Fe viva en Amor, que revista nuestro corazón con la fuerza de lo alto, lo inflame en Amor operante e irradie éste más y más a semejanza del Amor divino.

Una ascesis que se esfuerza únicamente en el perfeccionamiento del propio yo es como una renuncia egocéntrica y, por lo tanto, totalmente insuficiente. Sus resultados son siempre mezquinos y sus frutos engañosos. Quien siembra tan sólo humanamente no cosechará más que humanos frutos.

Por el contrario, la ascética cristiana descansa totalmente sobre un principio divino, que la vivifica, entusiasma y conduce a su fin: «Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (Dt 6, 5, y Mt 22, 37). Este es el resumen y punto capital de la Ley del Antiguo Testamento. El Nuevo Testamento ha tomado este primero y nuevo precepto, lo ha completado y lo ha pregonado con toda su radiante sencillez y vibrante fuerza como obligatorio por toda la redondez de la tierra.

El alma debe ser llevada a la inmensidad de Amor que es Dios ya desde el comienzo de la vida espiritual. El que obra de otro modo desconoce el más profundo sentido del Cristianismo. Por natural necesidad se limita a esfuerzos e ideales egoístas; edifica como la moral pagana, pasada y presente, sobre un heroísmo cargado de orgullo, y fomenta el estéril cultivo del propio yo.

Qué distinta aparece nuestra vida cuando de una vez para siempre nos persuadimos de las palabras de nuestro Divino Maestro: «Sin Mí nada podéis hacer» (Io 13, 15). «Envía, Señor, tu Espíritu y serán creados» (Misa de Pentecostés). Penetrados de esta verdad vital, no nos esforzamos tan sólo en ejercitarnos en tal o cual virtud, sino que aspiramos a todas las virtudes sin excepción, en el convencimiento de que Dios debe ser no sólo el fin, sino también, y al mismo tiempo, el origen de todo nuestro querer y obrar.

Empleemos todas nuestras fuerzas como si el éxito dependiera de nosotros, pero, respecto de nuestro progreso, permanezcamos humildes y, a pesar de nuestros fallos, llenos de confianza. Profundamente convencidos de que nosotros mismos nada somos, y que por nosotros mismos nada podemos, pero de que somos omnipotentes en Cristo: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta» (Phil 4, 13). No nos desalentemos por nuestras faltas ni nos enorgullecamos por los actos de virtud que logramos hacer con ayuda de la gracia de Dios.

Nos atrevemos a pretender aún más. Para un alma que ha experimentado por una parte su propia impotencia y por la otra la Omnipotencia de Dios, sus faltas y debilidades no constituyen ya obstáculos, sino que, por el contrario, se convierten en ayuda para ir adelante. Nos ofrecen la ocasión de aumentar nuestra Fe en la Bondad y Misericordia de Dios mediante un acto heroico lleno de virtud y de arrojarnos de nuevo llenos de confianza en sus brazos, ya que con nuestra caída nos han hecho comprobar que debe fracasar todo lo que no tiene pura y exclusivamente como fin a Dios. «Con alegría me gloriaré de mi debilidad para que la fuerza de Cristo habite en mí» (Cor 12, 9).

Tan pronto como, aleccionados por tales experiencias, comenzamos a apoyarnos únicamente en Dios y no más en nosotros, avanzamos con pasos de gigante por el camino del amor. El amor de Dios hace nuestra voluntad cada vez más pura, limpia y sencilla, y guía nuestras acciones cada vez más claramente a su fin, hasta que penetra e informa plenamente todo nuestro ser y nuestra vida.

En este esfuerzo serio y sincero de vivir según las enseñanzas del Evangelio, dejémonos guiar únicamente por motivos de Fe y de Amor. Solamente alcanzaremos nuestra meta si desde el principio de nuestra vida espiritual nos dejamos conducir y determinar por esas virtudes divinas, ya que no pueden obtenerse frutos sobrenaturales de un principio natural. ¿Cómo podemos esperar alcanzar nuestro fin sobrenatural sólo por nuestro propio esfuerzo si, como dice San Pablo, ni podríamos pronunciar, siquiera una vez, el nombre de Nuestro Señor sin la ayuda de la gracia?

Ciertamente, la reforma de la vida del hombre viejo necesita un serio trabajo de la voluntad. Pero ¿cuándo es más decidido y efectivo el impulso de nuestra voluntad, cuando procede de las conclusiones de la razón o cuando tiende a su fin movida por el noble estímulo de una Fe sin sombra y de un amor purísimo? La contestación es fácil, y por eso utilizamos cuanto podemos en la formación, desarrollo y progreso de nuestra vida interior las fuentes de luz y fuerza alumbradas por las virtudes divinas. Y aspiramos desde el principio con todas las fuerzas de nuestro ser y con la gracia divina a la meta clara del reino interior de la unión con Dios.

Este Reino de Cristo nos está abierto a todos. Según el deseo expresado por Nuestro Señor, debemos tomar posesión de él: «Permaneced en Mí, y yo permaneceré en vosotros» (Io 15, 4).

LA VIDA DE LA FE

Lo primero y más importante que necesitamos (nos es necesario) es creer. Creer en la efectiva presencia de Dios en nosotros y en torno a nosotros. La actividad de nuestra voluntad y entendimiento debe elevarse a la altura de aquella verdadera Vida para la que Dios nos ha creado. Este acto de Fe, que transforma y diviniza de una vez toda la vida, resulta difícil a nuestra naturaleza humana. Exige un gran trabajo de nuestras fuerzas para el cual nosotros mismos no somos suficientes si Dios no apoya nuestro esfuerzo con su gracia previniente y cooperante. No siendo capaces de suscitar por nuestro propio poder este primer acto de Fe, pidamos con el padre del muchacho enfermo en el Evangelio: «Señor, ayuda mi incredulidad» (Mt 9, 24).

Por medio de la Fe recibimos la segura garantía de las promesas divinas. «Quiero prometerme a ti en la Fe» (Os 2, 20). Nos hace caminar aquí abajo, en la vida temporal y terrena, en su santa oscuridad. «Porque caminamos en la Fe y no en la visión» (2 Cor 5, 7). Sigamos este camino desde el principio hasta el fin, y nunca nos apartemos de él para darnos por contentos con cualquier inspiración superficial y humana que nos desengaña prontamente por su vaciedad.

La Fe es un guía severo, pero indefectible. No sabe de concesiones y cálculos; no pondera las dificultades en la lucha contra el propio yo. Tras el velo de lo visible, la Fe adivina la eterna verdad, la victoria de Jesús: «Este es el triunfo que vence al mundo: nuestra Fe» (Io 5, 4). La Fe produce ese sobrenatural cosmos y esa atmósfera de la vida saturada de virtudes divinas en la que tan sólo el amor verdadero puede prosperar. Espera, a pesar de todos los obstáculos humanos que quieren paralizar o romper su impulso, como dice el Apóstol del Patriarca Abraham: «No titubeé; sacó fuerzas de su Fe. Esperó contra toda esperanza» (Rom 4, 18-20).

Toda la doctrina de Nuestro Señor descansa en la Fe. Dudar equivale a debilitarse. «Hombre de poca Fe, ¿por qué has dudado?» (Mt 14, 31). De la Fe nos viene la salud. Cristo mismo atribuye a la Fe de los enfermos el milagro de la curación que obra en ellos.

Un chispazo de Fe basta para transformar un mundo: «Si tuvierais una Fe tan grande como un granito de mostaza...» (Mt 17, 20). «Al que cree, todas las cosas son posibles» (Mc 9, 24).

«Si permanecéis en Mí y Yo permanezco en vosotros, pedid lo que quisierais, que se os concederá» (Io 15, 7).

Situamos estos hechos al comienzo de nuestras explicaciones para referirnos a la línea divisoria que debemos atravesar con audacia decidida y generosa confianza si queremos seguir al Divino Salvador. Pues la confianza en Dios es el punto crítico que todo lo decide en la vida espiritual.

Tratamos de exponer en lo que sigue las directrices esenciales de la vida interior y los fundamentos en que descansa. Su punto de partida lo hemos indicado ya: la Fe,

Si la gracia divina completa en nosotros su obra, una seguridad sobrenatural dominará nuestra alma y la transformará en un templo de Amor, según las palabras de San Pablo: «La Fe obra por medio de la Caridad» (Gal 5, 6), y «Cristo habitará en nuestros corazones por la Fe y nos hará conocer aquel infinito amor de Dios que excede a toda sabiduría» (Eph 3, 17-19).

LA PRESENCIA NATURAL DE DIOS EN TODAS LAS COSAS

Para comprender mejor la presencia sobrenatural de Dios, recordemos primero cómo está Dios presente en las cosas de un modo natural.

Dios está en todas partes. En esta verdad tan sencilla pensamos demasiado poco, pero da a nuestra vida una dirección completamente nueva y puede incluso transformarla si nos penetramos más y más de ella.

Cansamos nuestra imaginación para representarnos un Dios muy distante de nosotros. Con ello nuestra oración sufre en gran manera. Dios es Espíritu, *Spiritus est Deus* (Io 4, 24). Espíritu que no está sujeto a lugar ni punto determinado, sino que penetra todo cuanto existe. «Por eso los verdaderos adoradores adoran a Dios en espíritu y en verdad» (Io 4, 24). Reflexionemos sobre las palabras del Apóstol: «En Él vivimos, nos movemos y existimos» (Act 17, 28).

Comencemos nuestra vida espiritual de modo que captemos esta elevada verdad lo más profundamente que podamos. El resultado será extraordinario mientras el pensamiento de la inmediata y universal presencia de Dios permanezca viviente en nosotros.

Ya la sola razón nos dice, con absoluta independencia de toda revelación sobrenatural, que Dios nos conoce exactamente y nos ve constantemente, porque Él todo lo sabe y lo ve. «¿A dónde escaparé de tu Espíritu y a dónde huiré de tu Presencia? Si subiere al cielo, allí estás Tú: si descendiere al infierno, allí estás presente» (Ps 138).

Pero Dios no sólo vela sobre nosotros con su mirada, sino que ordena y dirige todo lo que hacemos. «Él es el que causa en nosotros el querer y el obrar» (Phil 2, 13). No podría mover ni una sola vez el dedo pequeño si Dios no estuviese esencialmente presente y activo en mí, No hay nada, absolutamente nada, que pueda sustraerse a esa presencia. Aun en el acto de pecar está Dios; sin Dios sería imposible obrar y efectuar la acción. Tan sólo la corrupción de la voluntad, por la que el acto se hace pecado, no viene de Dios. Puesto que Dios es la primera y única causa de todas las cosas, no podemos hacer nosotros solos lo más mínimo. Si no fuese así Dios, cesaría de serlo. «Si tomando las alas de la aurora llegase al extremo del mar, también me cogería tu mano y me tendría tu diestra» (Ps 138).

¡Pero aún más! No basta que Dios conduzca a su criatura y dirija su actividad. Puesto que Él es la única y última causa de todos los seres, debe también conservarles en su ser y darles de nuevo en cada instante ser y existencia. Todo el Universo, y nosotros con él, volveríamos a la nada como un sueño si esta actividad divina nos abandonase durante un segundo. El que ha comprendido una vez la absoluta necesidad de esta divina Presencia, ve resplandecer en los más insignificantes objetos una grandeza singular: Dios. Pues el Todopoderoso mismo, y sólo Él, preserva de la nada, con su presencia, este pequeño objeto que ante mí tengo.

Vemos en la sombra la más débil de todas las realidades. En comparación con nuestra propia persona, nuestra sombra no es nada. Pues bien, nosotros tenemos aún menos realidad comparados con el Dios presente en nosotros. Medidos con la realidad divina no somos ni siquiera una sombra.

LA PRESENCIA SOBRENATURAL DE DIOS EN LAS ALMAS

Dios está, pues, en la piedra que yace ante nosotros y le da, por medio de su influencia inmediata, el ser lo que es: una piedra.

Pero en su infinita Bondad creó Dios seres «a su imagen y semejanza», que elevados por la gracia sobre su naturaleza se encuentran mucho más cercanos a Él que aquellos seres de órdenes inferiores a los que Él comunica únicamente su ser natural.

Dios es Espíritu puro. Como creó seres «según su imagen», les dio entendimiento y voluntad para poder no sólo estar presente en ellos como en todas las restantes criaturas, sino elevarlos al estado sobrenatural de la gracia y comunicarse a ellos tal como es. Dios está de tal modo presente en las cosas materiales que les da su ser natural; pero en las criaturas dotadas de razón quiso estar presente con tal seguridad que no sólo les diese el ser natural, sino que les comunicara su propia esencia. Quiere con ello levantarlas y unir las directamente a sí con vínculo de amor y divinizarlas.

Efficiamini divinae consortes naturae —Sois hechos partícipes de la naturaleza divina (2 Ptr 1, 4).

Dios no estaba obligado a entregarse de este modo admirable. Pero es la misma Bondad, y es propio de la Bondad comunicarse y prodigarse. Dios es semejante a un fuego que no se deja aislar y que alcanza y enciende con su calor todo lo que puede arder. «Nuestro Dios es un fuego devorador» (Dt 4, 24).

El Verbo Eterno se hizo hombre para comunicarnos este fuego. «He venido a traer fuego a la tierra, y ¿qué he de querer sino que arda?» (Lc 12, 49).

Cristo sufrió y murió para alcanzarnos la gracia de arder con este fuego divino. Y arderemos si alejamos de nosotros todo lo que se alza en el camino impidiendo la acción de Dios. El peor de estos obstáculos es el pecado. «El que Me ama, guardará mi palabra y vendremos a él y tendremos en él nuestra morada» (Io 14, 23).

Nuestro Divino Salvador no sólo nos ha unido a la corriente de vida de su Eterno Padre; Él mismo quiso seguir viviendo en nosotros en la Sagrada Eucaristía para, por medio de la Sagrada Comunión, acrecentar continuamente esta vida divina en nosotros. «Nadie viene al Padre sino por Mí» (Io 14, 6). Jesús es el Camino, y en verdad el único Camino hacia el Padre. Querer alcanzar la Vida Divina sin Él es osadía e ilusión. Cuanto más nos acerquemos por el Amor a su Santa Humanidad, y con mayor amor contemplemos y meditemos su ejemplo, tanto más poderosamente crecerá y fluirá en nosotros la vida divina. «He venido para que tengáis la Vida y la tengáis en abundancia» (Io 10, 10).

EL PECADO MORTAL ARREBATA AL ALMA LA PRESENCIA DE DIOS

Estamos destinados a la más íntima unión con Dios. «Te he amado con amor eterno» (Jeremías). Esta unión de los hombres con su Creador se realizó por vez primera cuando Dios elevó a nuestros primeros padres al orden sobrenatural. Por el pecado Adán y Eva se rebelaron contra Dios y quedó rota la unión entre cielo y tierra, entre Divinidad y Humanidad. Un Hombre-Dios debía tender un puente sobre el abismo abierto entre el hombre caído y Dios para establecer esta unión. Por los méritos de su Sagrada Pasión y Muerte nos es posible nuevamente llegar a ser hijos de Dios y vivir la vida divina.

Esta vida se nos comunica en el Santo Bautismo. Y quien desgraciadamente la ha perdido, la recibe de nuevo por medio de la perfecta contrición o por el Santo Sacramento de la Penitencia, en el que Cristo nos vuelve a dar la vida divina por medio de una purificación mística en su preciosa Sangre.

Ojalá quisiéramos comprender la importancia que para nosotros tiene la huida del pecado. Nos va en ello el no perder el más precioso don que jamás fue otorgado a los hombres. «¡Si conocieses el don de Dios!» Que estas palabras de Cristo a la Samaritana no sean nunca un reproche dirigido a nosotros.

Todo sufrimiento y desdicha juntos nada suponen en comparación con un solo pecado, porque un solo pecado mortal nos roba la vida divina. Para comprender sólo hasta cierto punto el horror del pecado, pongamos la siguiente comparación: ¿Qué cristiano se atrevería a entrar furtivamente en una Iglesia, forzar el Tabernáculo y tirar por el suelo y profanar las Sagradas Formas? ¿Seríamos capaces, tendríamos el valor criminal de hacerlo? Ciertamente, no. Ni el cristiano más tibio se atrevería a cometer tal sacrilegio en el Cuerpo del Señor. Pero, ¿qué hacemos por el pecado? Expulsamos a Dios de nuestro corazón y entregamos éste a la posesión de Satanás.

¿CÓMO ESTÁ DIOS PRESENTE EN NOSOTROS DE MODO SOBRENATURAL?

Sabemos que en Dios hay una Naturaleza en tres Personas. Desde toda la Eternidad el Padre engendra al Hijo, su Imagen Perfecta. No le ha engendrado una vez antes de los tiempos, sino que este acto tiene lugar con eterna actualidad: se verifica en este instante como antes de la Creación de los tiempos. El Padre engendra incesantemente al Hijo. A este Divino Hijo Suyo igual a Sí en esencia ama el Padre con la más perfecta entrega. Y el Hijo ama del mismo modo al Padre. De este recíproco Amor procede el Espíritu Santo del Padre y del Hijo.

Podemos poseer la vida divina, en la que un día consistirá nuestra felicidad, ya desde la tierra, con tal de que nos encontremos en estado de gracia santificante. En este elevado estado el Padre engendra en cada instante a su Hijo, en el alma en gracia, y Padre e Hijo, en admirable y misteriosa Unidad de Amor, nos infunden el Espíritu Santo.

¿Hemos considerado y meditado suficientemente hasta hoy estas verdades indeciblemente consoladoras y luminosas?

Acostumbramos a llevar con nosotros escapularios, medallas, reliquias y otros objetos de devoción y creemos —con razón— poseer en ellos un precioso tesoro.

Pero tenemos en nosotros al mismo Dios vivo, el único fin de todas las cosas, la más elevada realidad..., ¡y no pensamos en ello! Quizá tenemos por costumbre no salir sin el rosario; pero el Santo de los Santos, Dios, nuestro Creador, Conservador, Redentor, el más alto y amable Bien, a quien llevamos en nosotros, le olvidamos con tanta facilidad... ¡Qué lástima! Por esta Presencia sobrenatural de Dios en nuestra alma somos hechos portadores de Cristo, portadores de Dios en el perfecto sentido de la palabra. Un alma en gracia es el fin de un eterno movimiento de Amor que sale de Dios. Si alguno, éste es el lugar indicado para recordar las palabras de San León Magno: *Agnosce christiane, dignitatem tuam!* —¡Conoce, cristiano, tu dignidad!

De estas verdades tan sencillas, pero luminosas, brota ya una conclusión de la máxima importancia: nuestra vida se transforma completamente tan pronto como la divina inhabitación, la presencia de Dios en nosotros, puede realizarse plenamente sin que le oponamos resistencia.

LA VIDA EN LA PRESENCIA DE DIOS POR FE, ESPERANZA Y CARIDAD

¿Cómo alcanzamos esta transformación de nuestra vida?

Dios no sería la infinita Bondad y Sabiduría si, en correspondencia con su demanda de nuestro amor, no nos diese también los medios para esta unión con Él. Estos medios que nos llevan con certeza a la relación directa con Dios son las tres virtudes divinas y los dones del Espíritu Santo que las acompañan.

Por la Fe afirmamos la verdad de la vida divina que nos ha sido prometida; por el Amor alcanzamos su posesión, y la Esperanza nos da la seguridad de que con la ayuda de la gracia creceremos en esta vida cada vez más y de que finalmente la poseeremos como propia y ya inamisible en el cielo.

En este ejercicio de las tres virtudes divinas consiste la esencia de toda oración sincera y profunda. Podemos tratar con Dios directamente en la sencillez y simplicidad de nuestras almas. *In simplicitate cordis quaerite illum* (Sap 1, 1). Por lo tanto, ¿por qué llevar nuestra meditación a este y aquel punto y de ese modo disiparla? ¿Por qué filosofar sobre Dios y cansar entendimiento, voluntad e imaginación con representaciones de imágenes penosamente evocadas cuando por medio de sencilla contemplación nos encontramos en espíritu de Fe y Amor en la Fuente de la vida y podemos unirnos inmediatamente con Dios?

El mismo Divino Salvador nos pide esta sencillez: «Sed sencillos como palomas» (Mt 10, 6). Dios mismo es sencillez. Cuanto más sencillos y simples somos, tanto más directamente le miramos y nos acercamos a Él, y recíprocamente, cuanto más complicados nos hacemos, tanto más nos alejamos de Él.

La sencillez es la atmósfera de Dios. Sabemos que Dios, nuestro Padre, está presente en nosotros. Cuando un niño quiere hablar con su padre, ¿consulta acaso en un libro qué tema de conversación debe escoger, de qué maneras debe servirse? No, sino que el niño habla simple y llanamente, hace caso omiso de la hermosa conformación de sus frases y no se comporta con modales extraordinarios. ¡Si hiciésemos lo mismo en nuestras relaciones con nuestro Padre celestial! El Salvador nos ha dicho: «Si no os hacéis como niños, no podéis entrar en el reino de los cielos» (Mt 18, 13).

¿Se cansa una madre de escuchar a su hijo, cuando éste le dice: «Madre, te amo»? Lo mismo ocurre con Dios: cuanto más infantil es nuestra oración, tanto más le agrada. Él mismo escogió para Sí como el más hermoso de los nombres el de «Padre»: «Abbá, Padre» (Gal 4, 6).

Nuestra oración debe ser, por tanto, sencilla, tan sencilla como sea posible. Hagamos con toda nuestra alma actos de Fe, Esperanza y Caridad. No existe modo de orar que sea mejor, más seguro y más meritorio.

II. MODO DE MEDITACIÓN

Veremos un ejemplo de esta manera de oración y meditación.

ACTO DE FE

Dios mío, creo todo lo que Tú me has revelado y propuesto para creer por medio de la Iglesia. Creo que estás presente en mí, en mi pobre nada. ¡Ojalá fuese únicamente nada!... Pero te he ofendido, me

he rebelado contra Tu Voluntad, y por lo tanto me he hundido aún más bajo que la nada... Los animales no Te han ofendido como yo y, sin embargo, Te dignas bajar a habitar en mí. Ante tan grande Bondad debería quedar compungido por completo y, por el contrario, estoy henchido de orgullo y totalmente lleno de amor propio.

Dios mío, a pesar de todo te adoro presente en mí... Creo con inquebrantable firmeza que me asistes con Tu presencia. Dame Tu Gracia para alcanzar una Fe tan firme y fiel que ya nada pueda separarme de Ti. Te pido como el ciego del Evangelio: «¡Que yo vea, Señor!» ¡Haz caer las escamas de mis ojos, cura mi ceguera! Y a la luz de Tu presencia llegaré a conocerme y Te encontraré y amaré en todas las cosas y todas las cosas en Ti.

ACTO DE ESPERANZA

Dios mío, yo espero en Ti, infinita Bondad, que quieres edificar en mí Tu Morada... Pero ¿cómo puedo atreverme a esperar en Ti, yo, ser tan miserable, inmundo y desagradecido? Verdaderamente debería decirte con San Pedro: «¡Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador!»

Y, sin embargo, ¡no, Dios mío! Sé que Tú mismo has dicho que no has venido para los justos, que no necesitan médico y salvador, sino para los pecadores. Y yo quiero acogirme al título de pecador como fundamento de mi confianza. Puedo y debo esperar en Ti precisamente porque soy un pecador.

Pero no me contento con la sola esperanza. Por medio de Tu Gracia tengo la confianza firme, la certeza de que Tú quieres estar y permanecer siempre conmigo y en mí, como dice San Pablo: «Si Dios con nosotros, ¿quién contra nosotros?» «Estoy convencido de que ni muerte ni vida ni nada de lo creado nos podrá separar de la Caridad de Dios que se funda en Jesucristo Señor Nuestro» (Rom 8, 31 y 38).

Desde ahora, Dios mío, me siento seguro en Ti y me sé protegido por Ti. Ya no temo absolutamente nada: el mundo, el infierno y la carne pueden levantarse contra mí, ¡que nada me importa! Son impotentes, pues Tú estás en mí. «Mi Dios protector, ayudador, libertador y triunfador» (Ps 17). Tú eres mi Emmanuel, mi «Dios con nosotros», mi Dios y mi Todo.

ACTO DE CARIDAD

¿Cómo puedo decirte, Dios mío, que Te amo, pues tan a menudo y gravemente Te he ofendido? Mi vida debería ser un amor a Ti sin pausa, directo y desinteresado, pues me has creado sólo para amarte. Pero veo que en mi vida ha habido muy pocos momentos consagrados a Tu Amor, y que aun las acciones más generosas y los sentimientos más puros fueron enturbiados por amor propio y egoísmo. ¡Qué desagradecimiento hacia Ti, que directamente me persigues con Tu Amor...!

Desde hoy me rindo ante Ti, Dios mío, y quiero reconocer: ¡Señor, Tú has triunfado! Has muerto en una Cruz por mi amor, y yo quiero por lo menos vivir de amor a Ti. Y aunque todavía no puedo decir que Te amo verdaderamente, anhelo por lo menos amarte y demostrarte ese amor con obras.

Estos ejercicios de las tres virtudes divinas no excluyen, en modo alguno, otros pensamientos y afectos hacia Dios. Junto a ellos se puede ejercitar la humildad y la confianza, renovar la entrega, exponer y pedir todo aquello que necesitamos, para apropiarnos virtudes y desterrar nuestras faltas. Si de esta forma conversamos y hablamos con Dios con seriedad y constancia, lograremos, sin duda, un verdadero adelanto en la vida interior.

Si estamos en la recta disposición para poder hablar «de la abundancia de nuestro corazón», pasemos serenamente el tiempo fijado para la meditación con parecidos actos de virtud. Nuestra oración es entonces muy buena.

Si, por el contrario, permanecemos áridos y fríos y no encontramos ninguna palabra más después de haber hecho un acto de Fe, de Esperanza y de Caridad, tomemos un libro y sirvámonos del texto para vivificar la unión de nuestra alma con Dios. Sin embargo, si la lectura ha de ser en oración, no se debe leer de corrido página tras página, sino que ha de hacerse alto en cada frase y darle forma vivida y personal, de modo que se dirijan a Dios y a la propia alma las palabras concretas y que se saquen resoluciones prácticas. «Tú, mi Dios; yo, tu criatura.»

Leo: «Nuestro Salvador ha sufrido por los hombres», y lo traduzco en seguida: «Tú, mi Salvador, has sufrido por mí.» Este modo de personalizar ideas generales nos permite hacer consideraciones prácticas sin dejar la conversación constante con Dios. Así nos protegemos contra el peligro de perdernos en discusiones meramente teóricas y especulativas. Por ejemplo: en lugar de dialogar con Dios de este modo: «¿Quién eres Tú que has descendido del Cielo..., por qué viniste a la Tierra..., por qué has sufrido..., y qué has sufrido y por quién?, se dirá:

Tú, Dios mío, has tomado forma humana para sufrir..., para sufrir sin medida, por mí, ingrato..., y moriste en la Cruz y pediste a Tu Padre celestial que me perdonase, ¡a mí, que te he crucificado! Y yo no soy capaz de soportar la menor contrariedad, a pesar de que sé que merezco sufrir mucho, mucho más...

No; en adelante, Salvador mío, no quiero ser nunca frío e indiferente hacia Ti. Tu grito desde la Cruz debe resonar siempre en mi alma: «¡Tengo sed!» Sí, Tú sufres sed, sed corporal, por los tormentos que Te han ocasionado mis pecados. Pero, sobre todo, sufres de sed de amor, porque hasta ahora no has recibido de mí un amor verdadero, generoso, fiel y dispuesto al sacrificio, como Tú querías. Por eso, desde ahora estoy decidido a ofrendarte todo mi amor, y solamente amor. Todo lo que voy a sufrir hoy y en todos los días de mi vida, lo viviré en íntima comunión contigo, solamente por amor a Ti.

LA TAREA DE LA IMAGINACIÓN

Se objeta quizá que este método de oración restringe demasiado la labor de la imaginación.

El trabajo de la imaginación es una actividad puramente humana y, por tanto, no es oración. Este es el primer motivo de que lo limitemos a lo estrictamente necesario. Ciertamente que esta actividad subordinada es ennoblecida y dirigida a un fin sobrenatural por el influjo de la gracia. Pero sigue siendo verdad que la imaginación, como toda facultad sensitiva, en seguida se agota y se cansa de su objetivo. Evocar imágenes y mantenerlas es una actividad demasiado agotadora para que se pueda continuar largo tiempo. Por consiguiente, no debemos hacer de ella elemento esencial y ni siquiera importante de nuestra vida de oración, pues ésta debe ser, según el precepto del Evangelio, sencilla e ininterrumpida. *Oportet semper orare et non deficere* —Se debe orar siempre y no desfallecer (Lc 18, 1).

Además, la imaginación no es capaz de penetrar la realidad sobrenatural, que es solamente accesible a la pura Fe. La imaginación, a lo sumo, juega con la sombra, con el velo de esa realidad invisible, mientras que por medio de las virtudes divinas nos ponemos en inmediata e íntima unión con ella.

¿Significa esto que queremos excluir de nuestra oración toda representación imaginativa? No, pues esto sería imposible; pero se debe hacer uso de la imaginación solamente mientras sea imprescindible y provechoso, y no más.

Por ejemplo, meditamos la Pasión de Nuestro Señor. Le buscamos, en primer lugar, en nosotros mismos. Nos dirigimos a Él, que por Su Divinidad está presente en nosotros. Con la ayuda de un crucifijo, la imaginación suscita en nosotros la representación de lo que Él ha sufrido en la Cruz, pero al mismo tiempo permanecemos conscientes de su presencia real en nuestro corazón.

Este proceder no debilita, en modo alguno, la intimidad, viveza y fuerza de nuestros sentimientos y disposiciones respecto al Divino Salvador. ¡Al contrario! Pues la Fe pura da a nuestros sentimientos vida y profundidad, ya que nos enseña que, así como nuestros pecados actuales dañaron objetivamente a Jesús en su Pasión, nuestros actuales actos de amor le alivian realmente.

Qué estímulo para un alma inflamada de amor saber que ella, con su amor, puede y es capaz de consolar al Divino Salvador, afligido hasta la muerte y abandonado de todos en el huerto de Getsemaní.

Y esto no es imaginación, sino sencilla y sublime verdad y realidad de la Fe.

CONCLUSIONES PRÁCTICAS DE LA MEDITACIÓN

Toda nuestra vida cristiana de virtud recibe una orientación definitiva y directa cuando nos esforzamos por sacar siempre de nuestras meditaciones y lecturas espirituales la conclusión de que Dios es todo y nosotros nada. «Dios mío, Tú eres el Ser Infinito, yo no soy nada; Tú eres la Belleza, yo miseria y fealdad; Tú la Excelencia, yo un pecador.»

De este modo avanzamos más y más hacia aquella contrición que es el fundamento necesario de una vida interior seria. Llegamos a la convicción de que somos totalmente incapaces de obrar el bien y de que el único medio de llegar a la verdadera vida consiste en obrar solamente por Dios y para Dios.

Saquemos de cada meditación el firme propósito de mantenernos en presencia de Dios durante el día próximo y de repetir muy a menudo este sencillo acto. Nos recogemos en paz, mantenemos este recogimiento en nuestro interior y saludamos a Dios presente por un acto de Fe, Esperanza y Amor. Esta vida y este trato con Dios nos capacitan para evitar constantemente el pecado y progresar rápida y seguramente en la virtud.

Nunca olvidemos que las virtudes morales no pueden constituir su propio fin. Ninguna criatura existe por sí ni es fin de sí misma. Tampoco la virtud. La virtud por la virtud es un ideal mezquino y, por irrealizable, desalentador. El que abandona el mundo por buscar una pobre alegría y cree por ello ser perfecto, o el que lucha en el mundo contra el mundo para sentirse triunfador y adquirir fama, nunca llegará a la verdadera nobleza, sino que se quedará sólo en la apariencia externa de la virtud. Y nunca saldrá de las obras de virtud natural con las que quería elevarse, porque el fin del cristiano es sobrenatural y se encuentra muy por encima del alcance de las facultades humanas. Únicamente podemos conseguirlo por medio del amor divino, que aumenta continuamente por el trato íntimo con Dios y que hace crecer en igual proporción todas las virtudes.

«SE DEBE ORAR EN TODO MOMENTO»

Renovando durante el día, lo más a menudo posible, los actos esenciales de la oración, despertamos y desarrollamos en nosotros el espíritu de oración. Las palabras de San Juan vienen a ser como estrella brillante y fuego luminoso en nuestra vida: «Dios es caridad; quien permanece en caridad, permanece en Dios y Dios en él.» Como consecuencia, experimentamos y realizamos la otra sentencia del mismo Apóstol: «Quien ha nacido de Dios no peca, porque la semilla de Dios permanece viviente en él» (1 Io 3, 9).

Nada más fácil que de vez en cuando —aunque sólo sea por unos segundos— desprenderse de las ocupaciones y negocios de la vida ordinaria para unirse con Dios. «Cuán bueno es para mí depender de Dios» (Ps 72). Puedo hablar con Él en cada instante, aunque para ello no necesito ni una sola palabra. Una rápida mirada a mi interior, un saludo, un acto de amor, de confianza, de petición de luz y fuerza, según los estados y dificultades, basta. «Me acordé de Dios y se alegró mi corazón» (Ps 76). Así me voy formando poco a poco un aislamiento interno en el que constantemente obedezco a la voz de mi Bienamado, que me promete este íntimo coloquio: «Le llevaré a la soledad y hablaré allí a su corazón» (Os 2, 14).

Me esfuerzo con fidelidad creciente por escuchar atentamente esta voz y por cumplir, lleno de alegría, todo lo que Él quiere de mí. «Escucho lo que me habla el Señor Dios» (Ps 84, 9). Cuando se me presentan dificultades, busco en Él mi refugio. En Él encuentro luz y fuerza, con Él comparto mi alegría; en una palabra, Él ocupa el lugar preferente en mis pensamientos y mis obras. Mi vida toda, que hasta ahora giraba tan sólo alrededor de mi propio yo, encuentra, en adelante, todo su sentido y objeto únicamente en Él.

Todo esto lo hago sin violenta tensión de mi espíritu. La frecuente repetición de actos de virtud aislados tiene como resultado la formación de hábitos de virtud. Por tanto, si quiero progresar en la atmósfera de la vida de constante Fe, Confianza y Amor, debo tan sólo repetir, lo más a menudo posible, tales actos. Entonces estoy seguro de que Dios me llama a su más íntima comunidad de vida. «Mis delicias son estar con los hijos de los hombres» (Prov 8, 31). Ni cansancio ni trabajo alguno me arredran en mi esfuerzo para conseguir tan rápidamente como sea posible esa comunión de vida y amor y para permanecer en ella por siempre.

FIN Y OBJETO DE LA VIDA DE ORACIÓN

He encontrado ya el ideal de mi deseo y esfuerzo, ideal henchido de energía, radiante de entrega, empapado en sangre de sacrificio. Ahora sé lo que quiero, puedo y debo alcanzar. Hasta ahora vivía sin objeto claramente definido, y la fatiga del camino me cansaba y me desanimaba. Pero ahora veo claramente y estoy seguro del camino y fin; en adelante nada debe detenerme. «No descanso hasta que encuentre a Dios en lo más profundo de mi corazón. Encontré al que ama mi alma, le así fuertemente y no le soltaré» (Cant 3, 4). El amor me da alas: «Es fuerte el amor como la muerte» (Cant 8, 6). No me asusto ya ante ninguna dificultad, pues «todo lo puedo en Aquel que me conforta» (Phil 4, 13).

Cuando vuelvo mi vista atrás y miro sobre mi vida pasada, debo confesarme que hacía tan pocos progresos en la vida espiritual porque me faltaba la meta precisa.

No había comprendido cuán sediento está el Divino Salvador de almas que se le entreguen sin reserva, a las que pueda Él asimismo darse totalmente. El grado de nuestra confianza y unión con Él se determina por la medida de la generosidad con que correspondemos a la gracia. Jesús no pone barreras a su amor. Únicamente exige poder darse Él todo y poder poseer el alma sin ninguna reserva. Pero el alma tiene miedo de Él porque teme lo que esa intimidad exige por parte del hombre: sacrificio y renuncia.

En adelante quiero ser leal y sincero conmigo mismo. Sé que Dios quiere tomar posesión plena e irrevocable de mi ser y que me ha predestinado para llegar a ser conforme a la Imagen de su Hijo Jesús. Quiere tenerme por hijo suyo, a pesar de mi indignidad. ¡Quién podría tenerse por digno de tal favor!

Sin embargo, Dios anhela mi alma no «a pesar de» mi indignidad, sino que precisamente por mi miseria quiere hacer en mí una obra maestra de su amor, de su misericordia y de su gloria. Cuanto menos adecuado es el material, mayores son la gloria y el poder del artista, que, a pesar de todo, consigue una obra maestra. El Divino Salvador quiere poner a nuestro alcance y hacernos comprender esta verdad en las parábolas del hijo pródigo y de la oveja perdida. Pues mayor es en el cielo la alegría por un solo pecador convertido que por la perseverancia de noventa y nueve justos.

Puesto que estoy decidido a esforzarme en adelante por este ideal, debo reconocer en todos mis pensamientos, palabras y obras, que por mí mismo nada soy y nada puedo, y que, por el contrario, Dios lo es todo para mí, que todo lo puede y que todo lo quiere hacer para que yo me entregue a Él con todo mi ser y poseer.

Lo principal es creer en su Amor con Fe operativa: «Tu Fe te ha salvado» (Lc 8, 48).

LOS OBSTÁCULOS SE VUELVEN MEDIOS

Lo que hasta ahora me parecía un obstáculo, como tentaciones, disipaciones y dificultades internas y externas, debe servirme ahora como medio. Antes, en lugar de subir, me hundía cada vez más profundamente por mis pecados, faltas y debilidades, y permanecía hundido y estacionado. No sabía utilizar mis faltas. Pero ahora veo que puedo, con la gracia de Dios, utilizar el «descenso» para elevarme a Dios con mayor seguridad, para llegar a mi fin aún más rápidamente. El que no se atreve a saltar se detiene en el trampolín, aunque precisamente del trampolín podía recibir fuerza para lanzarse a su meta. Justamente aquello que antes me detenía y desanimaba en mi esfuerzo, me sirve ahora de medio para elevarme de lo creado al Creador. En todo reconozco ya sólo la apremiante invitación de Dios a unirme lo más íntimamente posible con Él por medio de un acto de fe, confianza, entrega y amor. De este modo, todo lo que era desalentador se convierte para mí en pura gracia que me hace posible y me invita a vivir y obrar tan sólo de Dios y en Dios.

La precipitación y una confusión y disipación angustiosas han influido y dominado mi vida hasta el presente. En adelante viviré en espíritu de confianza y de total entrega en brazos de la omnisciente y bondadosa Providencia de Dios. Antes nada me oprimía e intranquilizaba tanto como mis faltas y debilidades, y ahora me glorío de ellas con espíritu de contrición: «Me glorío en mis debilidades para que se manifieste en mí el poder de Cristo» (2 Cr 12, 9). Mi debilidad me ayudará a convencerme de la nulidad de mi propio yo y a llenarme totalmente de Cristo, a la vez que, por medio de actos de Fe, Confianza y Amor, me uno cada vez más con Dios. El sentir y el querer del hombre viejo deben morir: «Cristo debe crecer, y yo disminuir.» *Illum oportet crescere, me autem minui* (Io 3, 30). Cuanto más desaparezca yo mismo, tanto más crecerá Él en mí.

De este modo me sobrepondré poco a poco a las contingencias de la vida y del microcosmos terrestre y las dominaré. Todos mis antiguos adversarios me ayudan ahora a acercarme a mi ideal y sirven para estimularme a una lealtad y correspondencia cada vez mayores y a una confianza cada vez más íntima.

APLICACIÓN A LA VIDA PRÁCTICA

Según la palabra de Jesús, nuestra oración debe extenderse al trabajo de todo el día. Intentamos exponer cómo es posible hacerlo.

Antes de comenzar todas mis ocupaciones y trabajos, y a menudo durante los mismos, me recojo un instante; me acostumbro por la repetición de este acto a saludar al Salvador presente en mi alma, con toda la frecuencia posible, y, desde modo, llego un día, mediante su gracia, a no dejarle nunca más fuera del horizonte de mi alma y a no volver a olvidarle.

Durante la lectura basta, de vez en cuando, quizá en las pequeñas pausas en que volvemos una hoja, dirigir nuestra atención al interior de nuestra alma, para sostener así la unión con Dios y hacerla aún más íntima.

El tiempo de recreo, un paseo, por ejemplo no es tiempo perdido para la vida interior. Suscito algunos actos de virtud para encontrar de nuevo la unión con Dios o mantenerla, y así permanezco sencillamente, sin esfuerzo, en esta atmósfera divina. Me porto con Dios como un amigo querido; sin hablar constantemente con Él, me siento feliz porque sé que está en mí. Esto basta.

Si nos encontramos en un lugar en el que no se tributa a Dios ningún honor, amor y veneración, le amamos y reverenciamos allí precisamente con mayor intensidad y con mayor fervor.

En el examen de la noche, recorro con toda calma el día transcurrido, examino si he sido descuidado y si he dejado demasiado tiempo desatendido a Dios en mi alma. Con ello compruebo que precisamente están enturbiados por faltas aquellos instantes en los que dejé extinguirse durante más largo tiempo el recuerdo vivificador de la presencia de Dios. Y mientras la gracia lleva así a cabo su obra en nosotros, ayudémosla como mejor podamos. Hemos de esforzarnos también con medios humanos en desarrollar y hacer progresar en nosotros esta vida intensamente religiosa. Así, por ejemplo, por la lectura y el estudio, tratemos de penetrar más profundamente en las verdades de la Santa Iglesia, especialmente en la elevada doctrina sobre la filiación divina de las almas que han sido llamadas a la participación de la vida en Dios.

Pero, ante todo, me sirvo del medio más excelente, de los Santos Sacramentos, que recibo lo más a menudo que me es posible y con el más vivo amor y entregamiento. Pues la santa Humanidad de Nuestro Salvador es la Puerta hacia su Divinidad. Nadie va a Dios, al Padre, más que por Jesús, su Hijo.

De modo misterioso nos purifica Jesús de nuestras faltas y pecados en la Santa Absolución. En la Sagrada Eucaristía nos alimenta con su Humanidad y nos introduce cada vez más profundamente en su Divinidad. Y cuando las formas sacramentales no están ya presentes en nosotros, continuamos nuestra comunión, nuestra unión con la Divinidad de Nuestro Salvador hasta la próxima unión sacramental. Nuestra acción de gracias no se limita a unos pocos minutos. Con los discípulos de Emaús pedimos al

Divino Salvador después de la Sagrada Comunión: «Oh, Señor, permanece en nosotros.» De este modo Él viene a ser la inagotable fuente de nuestra vida interior; sus efectos se extienden a todo nuestro trabajo cotidiano y nos llenan de fervor siempre nuevo. ¡Elevemos llenos de confianza nuestra mirada a la Amada Madre de Dios, que es también nuestra Madre! Nos ha dado la vida del Salvador y nos llevará asimismo a la vida sobrenatural, hasta que lleguemos a la edad madura de su Hijo Jesús, a la perfección en la unidad.

¡María, Madre del Amor Hermoso, llévanos a Jesús!

III. EL ESPÍRITU DEL EVANGELIO

NUESTRO REINO ESPIRITUAL

Esta doctrina de la vida en Dios, cuyos principios y elementos fundamentales hemos expuesto brevemente y cuyo desarrollo hemos apuntado, no es nueva. Tampoco tenemos la intención de presentarla como tal. ¡Todo lo contrario! El que lee el Evangelio con penetración comprende que éste es el camino que el Salvador mismo ha señalado a las almas.

Por lo regular, siempre que se habla del cristianismo, y especialmente de la vida interior, se hace hincapié en los deberes y tareas que nos impone. Poco o nada se indica sobre su abundancia de belleza y alegrías y su secreta excelencia, por las que Dios hace dichosas aun aquí a las almas que le son fieles. Y, sin embargo, el salmista habla ya de estas alegrías jubilosas: «Se sacian en la abundancia de tu casa y les das a beber del torrente de tus delicias» (Ps 35, 9).

Al lado de nuestro «Debe» debemos colocar también nuestro sobrenatural «Haber». Y notemos que Dios exige de nosotros tan sólo lo que poseemos y somos —por lo tanto, muy poco—, y que a cambio de ello se nos dará Él mismo, Su Vida Eterna, en bienaventuranza sin fin. Esto está claramente dicho en la Buena Nueva. Pero, lamentablemente, muchos autores espirituales no nombran ni tratan para nada de los tesoros espirituales que nos han sido prometidos y de los que cada hijo de Dios es hecho partícipe por los méritos de Cristo. ¡Cuán lejos se hallan estos autores del conocimiento de la verdadera esencia de nuestras relaciones con Dios!

El Evangelio pide como condición imprescindible para la unión del alma con Dios que muramos a nosotros mismos. Dios exigía esto a los hombres ya en el Antiguo Testamento: «Ningún hombre puede mirar a Dios sin morir» (Ex 33, 20).

Jesús acentúa con decisión no menos áspera y objetividad irrevocable: «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome cada día su cruz y sígame» (Mt 16, 24).

Aun los más severos ascetas no podían más que repetir estas exigencias, pero modificaban a menudo el acento especial de la doctrina divina. El seguimiento de Cristo exige el sacrificio de todo nuestro ser, un sacrificio total. La mínima reserva, la mera concesión a cálculos y prudencia humanos es suficiente para separarnos de Nuestro Maestro, pues «Él odia el robo en el sacrificio total» (Is 61, 6).

«El que pone la mano en el arado y vuelve la vista atrás, no es apto para el reino de Dios» (Lc 9, 62).

«Pues si sois tibios, os vomitaré de mi boca» (Apc 3, 16).

Así exige nuestro Divino Maestro, con fuerza despiadada como exigencia de su Amor, la absoluta y total entrega del hombre a Dios, exigencia que hasta ahora no había osado presentar ningún maestro de humana sabiduría.

Pero luego llegará el día en que mi alma entre en Dios y se haga una con Él por medio de una gracia indecible. «Mi alma desfalleció al oírle» (Cant 5, 6).

La unión con Dios es, en adelante, el ideal de mi alma. No descanso ni reposo hasta que alcance este objetivo. Cada instante perdido lo recupero acrecentando mi fervor. La Fe se hace más fuerte, la Esperanza más valerosa y la Caridad más ardiente.

ÚLTIMAS PALABRAS DE JESÚS

Estos preceptos y penetrantes consejos que exigen de nosotros con tal ímpetu que muramos a nosotros mismos son, sin embargo, tan sólo una parte, y en verdad la negativa, de la doctrina de Nuestro Señor. Para llegar a conocer en su plenitud el mundo de Su Voluntad y Pensamiento, debemos leer especialmente el cuarto Evangelio. En los relatos de los sinópticos habla el Señor mucho en imágenes y parábolas, pero en el Evangelio de Juan, el discípulo amado, descubre clara y abiertamente las perspectivas de su Amor y nos hace comprender por qué exige de nosotros con esa áspera severidad el sacrificio de nuestra miserable vida: quiere sustituirla con su Vida Divina (cfr. Io 14, 17).

No se puede profundizar bastante en estas páginas, que contienen el testamento espiritual de Nuestro Señor. La mayor parte de la obra del escritor espiritual palidece ante la audacia y la profundidad de estos pensamientos y palabras. De todos los libros ascéticos, el Evangelio es el más severo y presenta las más altas exigencias. Pero es también más seguro y universal en su invitación a la vida sobrenatural y más generoso y audaz en sus promesas de unión de amor con Dios que cualquier otra obra mística.

En estos cuatro capítulos (14-17) del Evangelio de San Juan, el Divino Salvador revela y manifiesta los más profundos secretos de su Doctrina y no habla ya en imágenes y parábolas. Y sus discípulos lo comprenden por fin: «Ahora sí que hablas claro y no en proverbios» (Io 16, 29). Por eso hemos de mirar la conversación de despedida de Jesús y su oración de Sumo Sacerdote como recapitulación de toda su Doctrina y como epílogo a su Buena Nueva.

La necesidad de la penitencia y de la mortificación está expresada en unos cuantos versículos que recuerdan exhortaciones presentadas en los otros Evangelios. No hay amor sin fiel cumplimiento de los preceptos. No se puede ser amigo y discípulo de Jesús si uno se niega a llevar su Cruz. El amor se prueba con obras. Amor y obras están tan fuertemente unidos, que no pueden subsistir por separado.

«Si me amáis, guardad mis preceptos» (Io 14, 5).

«Quien tiene mis mandamientos y los guarda, aquél es el que me ama.»

«Vosotros sois mis amigos si hicieris las cosas que yo os mando» (Io 14, 21; 15, 14).

Nuestro Divino Maestro no oculta a sus Apóstoles que les aguardan sufrimientos y persecuciones en el camino de la renuncia y de su seguimiento.

«Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como cosa suya; mas como no sois del mundo, sino que yo os escogí del mundo, por eso el mundo os aborrece» (Io 15, 19).

«Yo les he dado tu palabra y el mundo les ha aborrecido porque no son del mundo como Yo tampoco soy del mundo» (Io 17, 14).

«En verdad, en verdad os digo: Que vosotros lloraréis y gemiréis y el mundo se gozará, mas vuestra tristeza se convertirá en gozo» (Io 16, 20).

«En el mundo tendréis apreturas; mas tened confianza, Yo he vencido al mundo» (Io 16, 33).

La señal más segura por la que se puede distinguir a los escogidos en el mundo es la obediencia al Divino Maestro y a sus mandatos.

«Señor, ¿qué causa hay para que te hayas de manifestar a nosotros y no al mundo?» Y Jesús le respondió: «Cualquiera que me ama, observará mi doctrina» (Io 14, 22-23).

Esta última palabra bastó para señalar y condenar al mundo.

LAS PROMESAS DEL EVANGELIO

Cristo quiere que vaciemos nuestro corazón, pero tan sólo para llenarlo de lo divino. Esta purificación es y permanece imperfecta mientras no tiene como consecuencia esa plenitud divina, del mismo modo que no puede desarrollarse en nosotros la vida divina cuando no nos despegamos de las cosas creadas. La muerte del yo y la vida en Dios están inseparablemente unidas; la una sin la otra es imposible.

¡Escuchemos lo que Cristo promete a aquellos que siguen su palabra! Son promesas que Él quiere cumplir en cada uno de nosotros, y arde Él en divina impaciencia por realizarlas.

«El que me ama será amado de mi Padre, y Yo le amaré y me le manifestaré a Mí mismo.»

«Vendremos a él y haremos morada en él» (Io 14, 21-23).

«En aquel día vosotros conoceréis que Yo estoy en mi Padre, y vosotros en Mí y Yo en vosotros» (14, 20).

«Y yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador para que more siempre con vosotros, el Espíritu de verdad; permanecerá en vosotros y estará en vosotros» (14, 16-17).

Esta vida de intimidad, esta fusión, esta admirable unificación con las tres Divinas Personas es el elevado objetivo que se debe presentar desde un principio a las almas que comienzan a vivir vida interior. No basta con entusiasmar a las almas por un fin celestial: hay que hacerlas penetrar en el mismo Reino de Dios y enseñarles que éste es ya aquí herencia y posesión suyas: «El Reino de Dios está en vosotros» (Lc 17, 21).

Fuera de este hacerse uno con Cristo Nuestro Señor y del trato íntimo con el Padre y el Espíritu Santo, que es su consecuencia, no hay ni vida espiritual verdaderamente profunda ni fertilidad sobrenatural.

«Permaneced en Mí y Yo en vosotros. Como el sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto si no estuviere en la vid, así tampoco vosotros si no estuviereis en Mí.»

«Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que está en Mí y Yo en él, éste lleva mucho fruto; porque sin Mí no podéis hacer nada.»

«El que no estuviere en Mí, será echado fuera, como el sarmiento, y se secará, y lo cogerán y lo meterán en el fuego, y arderá.»

«Si estuviereis en Mí, y mis palabras estuvieren en vosotros, pediréis cuanto quisieréis y os será hecho» (Io 15, 4-8).

La serena operación de las almas unidas con Cristo, que viven de su plenitud de vida, es de un poder e importancia soberana. Un alma de éstas no se limita, como antes, tan sólo a peticiones y acciones de gracias. Su oración es un acorde resonante e ininterrumpido con la oración de Cristo, que es exclusivamente la Voluntad del Padre.

«En verdad, en verdad os digo: no me pediréis nada, pues el Padre os dará todo lo que le pidieréis en mi nombre» (Io 16, 23).

«No os digo que rogaré al Padre por vosotros porque el mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis y habéis creído que Yo salí de Dios» (Io 16, 27).

El alma que se ha abierto totalmente al Verbo Divino, que lo ha acogido en sí como la santísima Virgen, llegará a ser, como Ella, asiento de la sabiduría. Estará iluminada de luz divina.

Nuestro Señor mismo promete expresamente a esa alma, en la que quiere habitar con el Padre y el Espíritu Santo, este don desconocido para el mundo.

«Y el Consolador, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, os enseñará todas las cosas y os recordará todo aquello que yo hubiese dicho» (Io 14, 26).

«No os llamaré ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor. Mas a vosotros os he llamado amigos porque os he hecho conocer todas las cosas que he oído de mi Padre» (Io 15, 15).

«Cuando viniere aquel Espíritu de verdad, os enseñará toda la verdad» (Io 16, 13).

Este conocimiento es la vida eterna comenzada ya aquí abajo. «Y la vida eterna consiste en que te conozcan a Ti, sólo Dios verdadero, y a Jesucristo a quien Tú enviaste» (Io 17, 3).

Este conocimiento no es una ciencia meramente teórica y abstracta, sino la Sabiduría trasplantada a la acción y a la vida realizada; plenitud de amor, de bondad, de misericordia y de suavidad. Poderosas corrientes de Divino Amor inundan el alma que le es fiel, y de ella afluyen sobre muchas otras almas para volver, finalmente, a su fuente. Cuanto más aumenta la realidad de su amor de Dios en generosidad e intimidad, el alma es más fuertemente iluminada por un conocimiento cada vez mayor y más profundo, que a su vez aumenta de nuevo el amor.

«Permaneced en mi amor» (Io 15, 9).

Cuando entendimiento, voluntad e imaginación se purifican de este modo y se llevan de nuevo a su origen divino, cuando el alma está poseída y penetrada por la vida divina, llega a conocer la verdadera alegría. «Os he dicho estas cosas para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea completo» (Io 15, 11).

«Vuestro llanto se convertirá en gozo» (Io 16, 21).

«Vuestro corazón se regocijará y nadie os quitará vuestro gozo» (Io 16, 22).

«Os he dicho estas cosas para que tengáis paz en Mí. La paz os dejo; mi paz os doy» (Io 16, 33; 14, 27).

En la seguridad y luminosa sencillez de una vida divinizada hasta lo más íntimo, el alma se alegra con una paz indecible.

Vive en sí misma la realización de las últimas palabras de la oración del Sumo Sacerdote:

«Que sean una misma cosa como Tú, Padre, estás en Mí y Yo en Ti, que sean uno en nosotros para que el mundo crea que Tú me has enviado.»

«Yo les he dado la gloria que Tú me diste para que sean uno, como nosotros somos uno.»

«Yo en ellos y Tú en Mí para que sean consumados en la Unidad y conozca el mundo que Tú me enviaste y que amaste a éstos como a Mí me amaste» (Io 17, 21-23).

SERMONES CAPITULARES CARTUJOS

OCTAVA DE LA PURIFICACIÓN

En el mismo día de la Purificación, se os incitó a meditar este misterio, pero me parece que podemos hacerlo de nuevo. Entonces se os habló de la humildad de María y también podría verse en la Purificación la fiesta de la luz, mostrar la relación que la Iglesia ha querido establecer entre las palabras de Simeón y la bendición del fuego.

Hoy queremos recordar un misterio más profundo y ver en la Purificación la fiesta del sacerdocio de la Santísima Virgen.

Consideremos en primer lugar lo que sabemos por la Escritura de las actitudes de María en aquel día. Es una joven madre de dieciséis años apenas; llega ante el templo, envuelta en sus velos, con los que cubre al Niño Jesús. San José, su esposo y su guardián, la acompaña, llevando en una jaula las dos tórtolas y en una bolsa las cinco monedas de plata. ¡Ojalá podamos imitar su recogimiento de entonces y adivinar sus pensamientos! Ante el atrio del templo entrega una tórtola al sacerdote, y éste la rocía con el agua lustral. En seguida sube los escalones para ofrecer las cinco monedas de plata y la segunda tórtola. Al fin, entra en el templo y hela aquí en presencia del Padre, hacia el cual tiende a su Hijo —el Hijo de Dios y su Hijo—. Y sabe que en este pequeño ser toda la Humanidad está contenida: todos los esfuerzos, todos los sufrimientos y todas las alegrías de los cristianos están ya en el corazón de Jesús, y María ofrece al Padre todos los hijos que van a ser suyos. Piensa en ello sin duda; sabe que su gesto tiene un valor, un alcance infinito. En este instante ya nos amaba con su corazón virginal, nos ofrecía al Padre.

En verdad, toda nuestra vida debe consistir en prepararnos para ser ofrecidos así. Todas nuestras acciones y nuestros pensamientos deben ser tales que la Santísima Virgen pueda presentarlos a Dios.

La primera condición para llegar a esta ofrenda sublime es, por consiguiente, llevar una vida pura y recta. Para nosotros, Cartujos, la rectitud está evidentemente en el camino trazado por la Regla. Es una gran ventaja llevar una vida tan simple como la nuestra, donde no hay lugar para esas dificultades, intrigas, ambiciones que turban el corazón de las gentes del mundo. Nuestra vida es como el pan ácimo, puro y blanco, que el sacerdote va a consagrar. Un cartujo que simplemente cumple con su deber está ya pronto para esta ofrenda y esta consagración.

La segunda condición es la soledad del corazón. Nuestro corazón es un templo más grande que el de Jerusalén. En este templo hemos de estar solos con Dios y la Santísima Virgen, porque Ella no turba la soledad con Dios, sino que la asegura. En él ha de reinar un gran silencio y una gran calma: nada de ruido; sobre todo, ninguna discusión. Si

estamos descontentos de nuestros superiores y de nuestros hermanos, si los juzgamos y si nos ocupamos interiormente en quejarnos, en comparar las situaciones y los hombres, entonces el templo de nuestro corazón no está tranquilo; no puede tener lugar la ofrenda de lo que hacemos y de lo que somos. Nada tampoco de curiosidad ni de impaciencia. No sólo no ha de ocupar nuestro corazón el cuidado de los otros, sino que ni siquiera ha de ocuparlo el cuidado de nosotros mismos. Claro está que debemos arrepentirnos de nuestros pecados y, sobre todo, hacer lo posible por ser cada día mejores; pero el pensamiento de nuestras imperfecciones no debe, de ningún modo, preocuparnos. En Dios es en quien debemos pensar, y no en nosotros mismos. Felicitarlos de ser esto, inquietarnos por ser aquello; mientras tales cosas nos ocupen, María no puede ejercer en nosotros su sacerdocio virginal.

La soledad del corazón comprendida así está próxima al abandono, tercera condición para que el alma se convierta en ofrenda agradable a Dios en manos de María. Hemos de hacerle entrega de nuestros cuidados, remitirnos a ella para todo, llegar a la despreocupación del niño. El Evangelio nos invita a ello con tanta fuerza, que hace parecer tímidas en esto todas las palabras humanas. No os acongojéis por el cuidado del día de mañana —dice Nuestro Señor (Mt 6, 4)—, ni de vuestros alimentos, ni de vuestros vestidos, ni de vuestra salud (Mt 5, 28 y 31; Lc 12, 22). Sed como los pájaros y las flores que están abandonados al solo cuidado de Dios y que Éste conduce a la perfección (Mt 6, 28). No volváis tampoco la vista atrás, no perdáis el tiempo en considerar vuestros actos pasados (Lc 9, 62). Que vuestra mano derecha ignore lo que hace vuestra izquierda (Mt 6, 3). En fin: San Pedro, en el capítulo 5 de su primera Epístola, resume esta enseñanza en una orden: «Descargad en Dios todas vuestras solicitudes», y el verbo del cual se sirve es aquel que designa propiamente la acción de arrojar al mar lo que estorba a un navío amenazado de naufragio.

Pongámonos, con los ojos cerrados, en manos de la Santísima Virgen, para que ella cuide de nosotros y nos ofrezca a Dios. ¿Que tenemos gozo y dulzura espirituales?, cerremos los ojos, conduzcámonos como si lo ignorásemos; ¿que estamos tristes y abandonados?, cerrémoslos también y sepamos entregarnos. No nos preguntemos si se nos aprecia; eso no le importa al alma que tiene los ojos lúcidamente cerrados; no hagamos juicio alguno sobre la perfección o imperfección de nuestros hermanos: cosa es ésta también que haremos mejor en dejar a María.

¡Oh, hermanos míos, puedo aseguraros que a aquel que se abandona de esta suerte, la Santísima Virgen no tarda en tomarlo en sus brazos, en elevarlo hacia el Padre! Todo el arte de pasar de este mundo a Dios consiste en saber cerrar los ojos y confiar su conducta a María.

Por otra parte, no hay que creer que el abandono se opone a la generosidad. Aquél que se abandona sinceramente es dócil a las inspiraciones de la gracia. Posee lo que el abad de Saint Cyran llama la flexibilidad entre las manos de Dios: es un don de la infancia. El niño se deja conducir fácilmente por su madre. Las tres condiciones del sacrificio mariano que hemos enumerado: recogimiento, abandono, generosidad, van siempre unidas y son, en verdad, inseparables.

He aquí, por consiguiente, cómo debemos ser para prepararnos a ser ofrecidos por María en el templo: fieles, tranquilos, sencillos y confiados, ciegos como a quien ciega un exceso de luz. Entonces Ella nos llevará. Cada una de nuestras acciones ofrecida al Padre por Ella tendrá un valor infinito. Ya no hay cosas pequeñas para un alma que así se abandona: cortar el pan, pelar patatas, barrer escaleras, entonar un cántico, todo esto es inmenso, puesto que está en manos de María. Podemos decir también, sin contradecirnos, que para un alma que se abandona, ya no hay cosas grandes: lo que parece montaña, obstáculo enorme a quien se guía por sí mismo y está pendiente de sí, es cosa insignificante para el alma que se abandona. ¡Que no se me estima, que conocen que soy un pobre hombre o me toman por un infame! Al hombre que se pertenece, todo esto le trastorna. ¿Qué hacer para justificarse? Un nuevo cielo de justicia y de verdad —o de mentira— lo trabaja miserablemente al recibir semejante noticia. El Hijo de María apenas si se entera de ello. No es su negocio: mantiene los ojos cerrados, y con la mano en la de su madre se deja conducir adonde le plazca. Como, por otra parte, pronto nos levanta en sus brazos, ya no vemos lo que tan terrible parece a los demás. Estamos, en verdad, entre dos fuegos. Ya conocéis esta expresión, sacada del vocabulario militar, que designa la situación de un ejército atacado a la vez de frente y por detrás. Pero, en nuestro caso, es el fuego del amor el que nos asedia por todos lados: ante nosotros el rostro del Padre, la Santísima Trinidad que nos espera, y detrás, el amor virginal de María que nos ofrece a Dios. La vida espiritual consiste precisamente en dejarse conducir, levantar y transportar por esas manos maternales para ser presentados al Altísimo.

¡Qué dulce es sentirse abandonado en manos puras! ¡Qué cierto se está de no extraviarse, qué seguridad da esta pureza misma! Y estas manos tienen también el poder de purificarnos. Ya se propuso esta interpretación de la solemnidad cuya octava celebramos: es la fiesta de la purificación de la Humanidad. María no tenía necesidad de purificarse, pero nosotros sí que lo necesitábamos todos para recibir a Jesús, la luz del Padre. Sólo un cristal puro, en efecto, deja penetrar la claridad. Así María fue al templo, no por Ella misma, sino en nuestro lugar, en nuestro nombre, para comunicarnos su pureza virginal y que recibiésemos a Jesús. Por esto se vio a la Inmaculada arrodillarse humildemente en el atrio del templo; y el sacerdote que la rociaba con el agua lustral se asombraba, sin duda, de esta madre, casi una niña, cuyo rostro era más claro, más puro que la aurora. Debió pararse, dudoso, adivinando quizá que esta agua no estaba destinada a María, sino que recaía sobre la Humanidad entera, prosternada en la sombra, sedienta de perdón.

Así ha querido María comunicarnos algo de su gracia y hacer que recaigan en nosotros las ondas de su corazón inmaculado.

En fin, nos eleva en sus brazos, y henos aquí cara a cara con el Padre. Nos mira sin cesar y nosotros a Él. Este estar cara a cara es la forma más alta de la vida interior; San Pablo definía así el cielo: «Ya no lo veremos —dice— en el espejo de las criaturas, sino cara a cara.»

Cuando vivimos bajo su mirada, todo lo que hacemos se ilumina, todo se vuelve más claro y transparente. Tan pronto como nos viene un mal pensamiento, por ejemplo, de cólera, de rencor, de venganza, se extiende una sombra, ya no estamos bajo la mirada de Dios. La Escritura emplea frecuentemente esta expresión: *Ambulavit coram Deo*: Camino siempre bajo la mirada del Altísimo, para hacer sentir la claridad y la belleza de una vida verdaderamente ofrecida a Dios.

Pero nosotros también le miramos: nos revela su faz verdadera, que es la del amor. Ya no tenemos miedo, ya no tenemos que volver los ojos como lo hacíamos antes de que la Santísima Virgen nos hubiera purificado del temor y afirmado en la confianza. Miramos a Dios de frente. La mirada de Dios y la mirada del alma se cruzan y se funden en la Unidad eterna.

EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ

La Cruz es el signo del sacrificio divino y de la reconciliación del cielo y de la tierra; es también el símbolo de esa unión que la caridad debe realizar entre nosotros, como Nuestro Señor lo pidió la víspera de la pasión que quiso sufrir para que fuéramos consumados en la unidad: *ut sint ipsi consummati in unum*.

Esta comunión entre nosotros no puede realizarse más que por el progreso de nuestra vida espiritual y en la medida misma en que estemos desligados de todo lo exterior para estar unidos con Dios. Un hombre en estado de gracia, en efecto, es un mundo, en el centro del cual Dios no cesa de estar presente y de actuar; pero esta realidad no se traduce sino de un modo parcial e imperfecto en la conciencia y de modo todavía más incompleto y deficiente al exterior. Cada criatura humana es, pues, un enigma, una palabra divina velada y al mismo tiempo manifestada por la carne, el lenguaje y la acción. Todo el trabajo de la caridad paciente consiste en descifrar estos enigmas, en encontrar el sentido literal bajo la expresión balbuciente y turbada. Si fuésemos más fieles a la vida de la gracia en nosotros, cada una de las almas en las que esta vida está presente nos atraería, sería para nosotros una fuente de paz y de felicidad. La vida de recogimiento y el gozo espiritual hacen algo más que volvernos más afectuosos e indulgentes: crean y sostienen en nuestro espíritu un acorde afinado que le permite vibrar en armonía con lo divino en todo aquello en donde se haga oír: es el mismo Dios, viviente en nosotros, que encuentra a Dios en nuestro prójimo y le sonríe.

Por la conversación y la acción los hombres buscan salir de su soledad, procuran entablar entre ellos relaciones. Estas relaciones exteriores, para nosotros, Cartujos, están reducidas a muy poca cosa, pero no suprimidas: una sabiduría hecha de seculares experiencias ha fijado en nuestra vida la medida de las recreaciones, de las que nos debemos aprovechar para evitar que permanezcamos extraños unos a otros y aplicarnos con delicadeza a mantener la buena armonía. Pero esto no puede hacerse sin algún esfuerzo, pues en la medida precisamente en que estamos vueltos hacia el exterior, traducimos con nuestras palabras y con nuestros actos una parte ínfima de la verdad divina presente en nosotros, traducción miserable que es siempre, en cierto modo, una traición y que nos opone unos a otros con más frecuencia de lo que nos acerca. Los hombres mundanos, es decir, superficiales —y somos mundanos, también nosotros, en la medida en que somos superficiales—, no se pueden comprender mutuamente: los terribles conflictos que desgarran el mundo son consecuencia de una falta general de vida interior. Si queremos guardar la herencia de paz y de alegría que Nuestro Señor nos ha dejado, si queremos salvar la amistad espiritual entre nosotros, hemos de olvidarnos

unos de otros y olvidarnos de nosotros mismos para encontrarnos en Dios, ya que sólo en Él pueden las criaturas encontrarse y unirse de verdad.

Un punto importante a este respecto es el de saber distinguir lo esencial de lo accidental. Hemos dicho que la buena voluntad y la vida de la gracia, que son de una importancia esencial, pueden manifestarse de muchos modos en un alma. Hay una vida de fe y de amor común a toda la Iglesia de Cristo; hay, por otra parte, entusiasmos, preferencias particulares, accidentales, que pueden ser legítimas y bienhechoras para cada alma en particular; pero querer imponérselas a todos, indignarse de que muchos no las compartan, es un error de juicio cuyas consecuencias son ruinosas para la caridad. Desplazar el acento es romper la armonía. Esta no se mantiene sino entre espíritus que tienen el sentido y la pasión de lo esencial.

Esta actitud propiamente interior del alma, resueltamente orientada hacia el centro divino, le pide muchos sacrificios. Ha de privarse de muchas satisfacciones personales y sensibles. Al responder a la vocación de cartujos, hemos renunciado a la ternura humana, y el mantener esa renuncia es condición de la amistad religiosa, puesto que es condición de la vida interior. Pero no sólo ha de excluirse con rigor todo sentimiento apasionado, sino cualquier apego a nuestros gustos privados, incluso espirituales en apariencia, si nos encierran en un círculo estrecho y no dejan que la gracia nos invada con esa libertad infinita que Dios reclama, y que quiere mantener en la soledad entre Él y nosotros.

Cuando se trata de expresar el espíritu de nuestra vocación y de precisar las condiciones en las cuales hemos de vivirla para que sea comunión entre nosotros en la unidad divina, se termina siempre por hablar de la práctica de la soledad y del silencio. Se requiere cierta capacidad de silencio exterior e interior para que las almas puedan recogerse y encontrarse una a otra en el corazón de Jesús y de María. Esta conversación sin palabras, esta amistad en el desprendimiento de todo lo que no es Dios es cosa muy elevada y muy dulce que hemos de conservar preciosamente. Que la Cruz y la señal de la Cruz sean para nosotros la invitación constante a volver al foco de la caridad eterna, mediante un consentimiento sin reservas en el sacrificio libertador. ¡Así sea!

NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

*Hortus conclusus, soror mea, sponsa, hortus
conclusus, fons signatus.*
Huerto cerrado es mi hermana, mi esposa, huerto
cerrado, fuente sellada.

(Cantar de los Cantares)

Ser contemplativo es recibir el Verbo divino, concebirlo espiritualmente y no vivir sino una sola vida con Él. La Virgen Santísima es, pues, modelo de contemplativos, es la Madre de la Verdad, como lo es del Amor Hermoso. A nosotros toca imitarla como hijos generosos y fieles.

Cada uno de los símbolos que ilustran para nosotros el misterio de la misión de María, son también los símbolos del alma que ama y posee a Dios en la soledad interior: Torre de marfil, Casa de Oro, Fuente sellada, Espejo de Justicia, Arca de la Alianza... Las virtudes de la Santísima Virgen, los dones que manifiesta y los dones que irradia, son las virtudes por excelencia, las condiciones y los privilegios de la vida contemplativa.

Según el himno que cantamos en vísperas con ocasión de cada una de sus fiestas, la Santísima Virgen se distingue por su dulzura entre todas las mujees, entre tantas vírgenes y madres a quienes Dios, sin embargo, concedió el don de ser dulces, y cuya dulzura misma es su fuerza y su poder. Pero todo lo que es virginal o maternal lo posee por excelencia María, Eva nueva y espiritual.

Se ha dicho que la mansedumbre era el resumen de todas las virtudes cristianas; está hecha, sobre todo, de paciencia y de benevolencia, de respeto y de amistad para todas las almas, e incluso para todos los seres, puesto que una persona suave lo es con las cosas y con las personas. Es en el fondo un asentimiento a la voluntad de Dios en todas sus formas, una tierna conformidad con todo lo que es; es también la actitud que requiere, ante todo, aquel que desea purificar, despejar su mirada interior. No hay vida contemplativa sin una inmensa paciencia. La luz no penetra sino las almas pacíficas; la tranquilidad es la primera disposición requerida para que se hagan transparentes las profundidades del espíritu: el arte de contemplar las cosas divinas es el arte de tener calma.

La dulzura está hecha también de indulgencia y de misericordia, de una lucidez que hace ver a los seres a la luz de la claridad divina en cada uno de ellos y no retener sino las razones para tener confianza y amar. San Juan de la Cruz ha señalado con mucha

energía hasta qué punto esta benevolencia es indispensable para todo progreso interior. Nuestra vocación es verdaderamente virginal y mariana: la Santísima Virgen no ha tenido que condenar al mundo, éste se ha rendido a su dulzura; así ha de ser el alma contemplativa cuya misión no es la de ser juez de los hombres, sino la de ser de Dios.

Otra virtud que nos deslumbra en María, y en la que sin duda hay que insistir ante todo, es la pureza. La Virgen Santísima es como la encarnación de la pureza, y ésta, por otra parte, está tan íntimamente ligada con el don de sabiduría, que puede llamársela la virtud esencial del contemplativo. No se trata solamente de la abstención de los pecados de la carne, sino de la delicadeza de un espíritu que se conserva para goces más elevados. Ser puro es saber establecer y mantener la soledad del alma con su Dios, reconstruir interiormente el Edén. Sabemos que el Paraíso terrenal es figura de la Santísima Virgen, reserva inaccesible al siglo, lugar de las delicias sin mácula ni conflicto en el que se colocará al nuevo Adán. Esta figura representa también al alma contemplativa, jardín cerrado en el que reina la felicidad inmediata de recibir la vida divina en un recogimiento comparable al que reinaba, sin duda, en la aurora del mundo, sobre la naturaleza inmaculada. Es necesario que no haya nada ni nadie entre Dios y el alma, sino que exista esa libertad virginal del primer instante; entonces se produce y reitera sin cesar una creación nueva: la generación en nosotros del Hombre-Dios. ¿Cuál es la consecuencia práctica que podemos sacar de estas breves reflexiones de las semejanzas que han de unir nuestras almas con la de nuestra Madre? Tomaremos la resolución de desligarnos de las preocupaciones extrañas; nos provisionaremos, mediante el recogimiento, en las fuentes más profundas de nuestro ser; nos guardaremos, como María, para el goce mejor, y preservaremos este gozo, a través de los sufrimientos, separaciones y temores, con el fin de que llegue a su plenitud y se derrame, consolador, y se una al fin con el gozo de Dios que aparecerá como realidad única cuando pase la figura de este mundo.

INMACULADA CONCEPCIÓN

*Veni, soror mea, sponsa... Ecce quasi aurora
consurgens.*

Ven, hermana mía, esposa mía... Hela aquí que viene
como una aurora.

La Santísima Virgen se compara con la aurora en el *Cantar de los Cantares*, porque es el principio de una nueva creación. Con su concepción inmaculada, la historia del hombre comienza de nuevo y todo vuelve a esclarecerse. La materia de la que se hará el nuevo Adán y a todos nosotros con Él, si consentimos en dejarnos crear de nuevo, es intacta, perfectamente pura y dócil. Porque la Santísima Virgen no espera sino nuestra voluntad y el arranque sin reservas, al fin, de un abandono verdaderamente filial, para lavarnos en su inocencia. A nosotros toca entregarnos a su mirada, de la que se dice en el *Cantar de los Cantares* también, que es semejante a un lago: *oculi tui sicut piscinae in Hesebon*, a un agua perfectamente límpida en la que nos desembarazamos, nos desligamos de nosotros mismos, para quedar inundados por la vida divina.

En el régimen de la gracia —de esta gracia de la que María está llena y que dispensa según le dicta su amor maternal— se da, pues, la recompensa antes del mérito, la riqueza y la dicha se prodigan antes de la prueba. Son, en efecto, procedimientos de un mundo nuevo, procedimientos propiamente divinos. Los hombre son incapaces de esa liberalidad porque no son fuentes del bien, sino depositarios medrosos y timoratos: en la educación de nuestros hijos, en nuestro comercio y nuestra justicia, primero ponemos las condiciones y la amenaza de castigo: no se concede el premio o el precio sino después de haber obtenido el esfuerzo o a cambio de servicios o de garantías. Pero con Dios todo es distinto; desde el momento en que el pecador apela a Dios, recibe precisamente *lo que no tiene precio*, la herencia de la Sangre divina y el puesto de hijo. Por la victoria de Cristo, su corazón se libera, se hincha de ese puro triunfo y después, una vez armado ya de nobleza y de gozo, es cuando se le invita a combatir, cuando ha de dar a su vez trabajo y penas en la medida de sus fuerzas. Tal es el gobierno del Reino de Dios, la prudencia de la Santísima Virgen, la economía de la *Domus Aurea*. Los caminos de Dios son distintos a los nuestros, hasta tal punto que muchas veces no los entendemos. No nos atrevemos a creer en esa dignidad, en esa libertad que se nos ofrece; casi llegamos a no fiarnos de la generosidad de Dios. Ignoramos sus presentes esenciales en el momento en que abusamos de bienes inferiores. Y la falta de fe y de confianza nos paraliza. Nos encontramos sin fuerzas en el sendero por el que pretendemos caminar dando un rodeo,

porque la timidez y la angustia sofocan lo mejor que hay en el hombre. Abramos, pues, los ojos y el corazón en una perfecta soledad con Dios; recojámonos y tengamos conciencia de lo que nos da, de lo que es para nosotros: nuestro valor, nuestra paciencia no pueden ser sólidos más que si uno y otra proceden de una felicidad profunda.

Parece a veces que *se teme* reconocer la santidad, como si se tratara de bienes materiales, de los que un hombre se ve privado porque otro los posee. Pero éste es un sentimiento que se apoya en una ignorancia completa de la realidad en cuestión. Lo que se da a los Santos, y en primer lugar a María, se nos da también a cada uno de nosotros. Este es necesariamente el caso de los bienes espirituales, puesto que la fuente de donde proceden es infinita e inmediata y su esencia es la caridad: los que los reciben no pueden hacerlo más que no reteniéndolos y transmitiéndolos sin reserva alguna.

Embriaguémonos de los privilegios de María, cuya plenitud ella nos ofrece: *Venite et comedite, amici, inebriamini, Carissimi!* Embriaguémonos de Dios con Ella, nuestra Madre y nuestra Hermana.

EPIFANÍA

He venido para que tengan vida y vida más abundante.

(Io 10, 10)

El nacimiento de Nuestro Señor es una renovación de la creación. Los Padres de la Iglesia han comparado al Niño-Dios, bajo el triple velo del seno materno, de la gruta y de la noche, a la simiente escondida de la que sale una floración nueva para el mundo entero. Toda vida, en efecto, comienza en secreto, queda envuelta primero en misterio y silencio. Y Nuestro Señor es la Vida misma: «Yo soy la Vida»: nunca meditaremos bastante este nombre, tan rico de sentido, que Él mismo se ha dado.

La vida que comunica no es la de la naturaleza, sino la de la gracia. La primera es, sin embargo, imagen de la segunda, y ésta es perfección de aquélla. Toda vida es *dada* graciosamente; la vida es, en el ser vivo, el don primero y puro, que nada ha podido preparar ni merecer. Y, sin embargo, no en vano la vida sobrenatural se llama gracia: ella es la que es vida por excelencia, brote más íntimo, don más puro aún y más inesperado que el de la naturaleza: es, en efecto, lo que ninguna inteligencia creada podía concebir como posible: participación en los privilegios divinos. Tengamos el espíritu de la gracia, el espíritu de la liberalidad divina: en la forma de recibir, nos hace acoger, sin duda ni vacilación ninguna, lo que Dios nos da sin cálculo; y en la forma de dar, nos hace imitar, mediante una generosidad perfecta, la divina abundancia de esa agua viva y comunicársela a todos, bebiéndola de todo corazón.

La gracia se desarrolla y florece en todo cristiano mediante el recogimiento y la oración; por lo que a nosotros toca, ha de hacerlo, sobre todo, en forma de vida interior. Esta característica de interioridad también es propia de toda vida. La piedra inanimada no tiene sino una actividad *de superficie*: resiste solamente a los choques que le vienen del exterior, mientras que los seres vivos discernen y utilizan lo que les conviene: un principio interior, dirige su economía y su crecimiento. La vida espiritual es aún más hábil y más poderosa; no hay nada de lo que no saque provecho: el alma fiel encuentra su bien en cada acontecimiento; un principio más profundo que el de la vida natural le permite fortificarse, edificarse al contacto con todas las cosas. Si éste no es el caso de cada uno de nosotros; si muchos accidentes nos turban y nos desorientan, es precisamente porque no somos bastante interiores: hemos de descender a lo más secreto de nosotros mismos, recogernos pacientemente y volver a encontrar en la soledad con

Dios esa destreza divina, esa fuerza misteriosa, gracias a la cual sabremos asimilar de nuevo armoniosamente, sin excepción, lo que nos ocurre y lo que nos rodea.

Finalmente, la vida de la gracia, la vida interior, se desarrolla en nosotros en forma contemplativa. Para designar la alianza y la fusión del hombre con su Dios, parece que se expresaría uno de modo más sencillo y que se tendría una fórmula de valor más general si se hablara de vida de amor y de unión. La vida contemplativa se llama acertadamente así, sin embargo, para expresar el ideal de una caridad particularmente directa y desinteresada. La contemplación, en efecto, es el acto de un alma que se olvida, inmóvil, ante algo más bello que ella (la naturaleza de la admiración, el poder de la belleza contemplada es tal que nos libra de lo que somos, nos hace indiferentes al «yo»). El acto de caridad contemplativo es el más simple y el más inmediato. Aquí tenemos otra vez ocasión de observar la continuidad de los procesos de la naturaleza y de la gracia: toda vida es amor y todo amor es olvido de sí; consiste en perderse para hallar un valor más alto; en toda la naturaleza, la vida no se perpetúa más que mediante la inmólación de los individuos, sacrificados en cada generación, para que la llama que han recibido se transmita y se extienda, siempre viva. Pero en el dominio de la gracia es donde por excelencia es necesaria esta abnegación y donde es feliz. *Qui perdiderit animam suam...* El alma tiene el don de olvidarse más perfectamente que cualquier viviente. Tiene, si se quiere, la transparencia de un espejo absolutamente límpido: puede, al no tener ya forma propia, reflejar en toda su profundidad al Infinito divino. Fijar así a Dios en nosotros, en la calma y el recogimiento, es el origen de toda verdadera sabiduría: no seremos dueños de nosotros mismos, no tendremos justicia ni prudencia verdaderas más que si, mediante una acogida pura y audaz, dejamos que Dios haga en nosotros su voluntad, que sea en nosotros lo que quiere ser.

Que María, de quien es también fiesta esta Epifanía; María, llena de gracia, la más interior, la más secreta de las Vírgenes, y el alma más libre de sí misma en la simple admiración de Dios, nos enseñe a recibir, a amar, a contemplar como Ella.

VIGILIA DE PENTECOSTÉS

El Espíritu Santo, del que podemos y debemos recibir en esta fiesta una nueva plenitud, si estamos prontos a dispensarle acogida, es un *espíritu de infancia*; Él es el que comunica a nuestros corazones el don de reconocerse hijos de Dios, les da el amor y la confianza para con nuestro Padre del Cielo, como dice San Pablo. Esta calidad de hijos de Dios es lo que nos distingue de los incrédulos, es precisamente lo que nos hace cristianos. Si intentamos precisar en qué consiste la actitud filial, vemos que está hecha de sumisión, de libertad y de gozo. Digo en primer lugar sumisión, porque, en efecto, no se puede ser verdaderamente hijo de Dios si no se tiene primero la generosidad de la obediencia. En cuanto a nosotros los religiosos, en particular, debemos saber arrancarnos a nuestros gustos, a nuestras ideas propias, para conformarnos con lo que impone la Regla o exige la vida común; hemos de hacerlo con valor, sin alegar razones para excusarnos, ni volver la vista atrás; cuando se ha hecho, aunque no sea más que una vez, un buen sacrificio de esta clase, se sabe la independencia interior que puede dar.

En efecto, la infancia espiritual está hecha también de libertad, y esta libertad es hija de la sumisión, del abandono sencillo y generoso. *Ubi Spiritus, ibi libertas*, dice también San Pablo. Allí donde está el Espíritu Santo, está la libertad, libertad esencialmente interior, que consiste en no estar apegado al amor propio. No se adquiere sino mediante la abnegación y el recogimiento. Vuestro trabajo y vuestra oración, queridos hermanos, tienden constantemente a liberaros, y cuanto más fieles seáis al uno y a la otra, antes llegaréis a esta independencia. Finalmente, el Espíritu Santo es un *espíritu de alegría*, porque al ver caer sus cadenas uno se siente feliz. La gran tristeza del hombre es que se siente preso y que su prisión es difícil de abrir porque es la del egoísmo: donde se encuentra el hombre encerrado es en sí mismo. Pero cada acto de obediencia, de caridad, de humildad nos libera el corazón y sentimos que se eleva hacia el cielo, como un pájaro al que se le acabara de abrir la jaula.

Todos conocéis esa alegría; cada uno de vosotros ha participado de ella. Y tenéis el deseo de comunicársela a los demás, bien sea a los seres queridos, a la familia que habéis dejado en el mundo o a las pobres gentes que sufren tan a menudo sin saber por qué.

Pues bien: el único modo de irradiar consuelo a otros corazones es convertir vuestro corazón en un foco de confianza y de amor, dejar vivir en vosotros al corazón de Jesús.

En una familia o en una comunidad, ya es mucho si hay calma y serenidad en los rostros; una cara triste ensombrece la atmósfera a su alrededor. Pero esta influencia es poca cosa al lado de la irradiación de un alma en quien Dios vive. El espíritu del hombre ha inventado y construido focos de energía que difunden sus ondas por toda la tierra;

cuando *ese mismo espíritu* está lleno de luz y de amor divino, lleno del *Espíritu de Dios*, ¿no es natural que irradie al infinito?

Somos solidarios unos de otros; dependemos de los que luchan y sufren con nosotros, Padres o Hermanos, religiosos o seculares; colaboramos, construimos *juntos* la ciudad de Dios. En un sentido es una carga, puesto que sabemos que las almas esperan que las socorramos, pero también es un apoyo, porque de lo que damos recibimos el ciento por uno. El único medio, en efecto, de recibir la abundancia de la gracia es dar todo lo que se tiene.

Pidamos al Espíritu Santo, queridos Hermanos, esa paciencia, esa prontitud en dejar lo que se nos vuelve a pedir, esa alegría sobrenatural, en fin, que son signos de su presencia y condiciones de su reino en nosotros, y que haga de nosotros fuentes de vida para todos los hombres, como hizo de María su esposa llena de gracia.

FIESTA DE TODOS LOS SANTOS

Los que prueban nuestra Regla, pasadas algunas semanas de vida monástica, suelen quejarse a veces de la facilidad de ésta y encuentran que la Cartuja no corresponde al ideal de austeridad heroica que habían concebido. No obstante, un buen número de los que habían manifestado tal decepción, nos dejan un poco más tarde por la razón opuesta: ahora les parece la prueba aplastante. No nos sonriamos de esta incoherencia: no es propia solamente de los novicios. Es que, en efecto, la vida espiritual es una vida de infancia, que es a la vez demasiado pequeña para el orgullo y demasiado desprendida para los sentidos.

Nuestro Señor nos dice en su Evangelio que el camino de la salvación es incómodo y nos invita a entrar por la puerta angosta, pero también nos dice que su yugo es suave y su carga ligera. Es bueno meditar a la vez estas dos verdades y ver en qué sentido se oponen.

En efecto, toda alma que quiera amar desconfía de lo que es demasiado fácil: tiene una especie de horror a la facilidad. Sabe por desgracia muy bien, por la experiencia de sus faltas, que lo fácil es dejarse deslizar hacia la mediocridad y la vulgaridad. Eso ya es verdad en el plano de lo natural; el hombre se distingue por la necesidad en que constantemente se encuentra de esforzarse, si no quiere rebajarse a un plano inferior a su naturaleza; estamos destinados a una lucha interior que hay que aceptar y continuar pacientemente. Esta continuidad en el esfuerzo del dominio propio es el trabajo. La vida espiritual es una lucha y un trabajo: el que lo olvida, padece de una ceguera extremadamente peligrosa.

Pero si hay que estar en guardia contra los caminos fáciles, no es verdad, sin embargo, que la vida espiritual se confunda con un buscar la dificultad. Proponerse como ideal la realización de ciertas proezas capaces de conquistar la admiración de los demás, o la nuestra hacia nosotros mismos, es desconocer por completo la esencia de la espiritualidad. El espíritu se asfixia si se da rienda suelta a los instintos, pero tampoco vive de ascetismo: vive de caridad; y no hay nada que simplifique tanto como el amor; hay, pues, un género de dificultades, *la complicación* que el alma desposada con Dios evita con cuidado. Lo entonado, lo acorde, es sencillo; lo que desafina es complicado. La simplicidad es el signo de Dios.

Si me oriento hacia mí mismo, me pierdo en las complicaciones del amor propio y sufro de modo estéril; si me oriento hacia los hombres, me vuelven a mí en virtud del círculo vicioso de las pasiones. Por el contrario, el alma que no interroga más que a Dios, en el recogimiento continuo, recibe de Él una respuesta única: la seguridad de que

es infinitamente amada, la invitación a amar con todo su corazón en el momento presente, y esta respuesta vale para todos los problemas. Este es el primer medio y el más poderoso de simplificar nuestra vida; tener una actitud verdaderamente contemplativa, habituarse a ponerse cara a cara con Dios en la soledad. Hay otro, inseparable de hecho del que acabo de decir: es una generosidad franca. Si el alma, sobre todo la de un Cartujo, quiere detenerse a la mitad del camino, en vano procurará tenerse en pie, y además desperdicia sus fuerzas. Hay que buscar lo mejor para que el espíritu conserve su equilibrio. El derecho que se reserva de defender su amor propio hasta un determinado punto, actúa en el alma como un veneno; por el contrario, *arriesgarlo todo* la alivia, *darlo todo* la sitúa de nuevo en el aire puro de las cimas. No hay nada más *simple* que la fe desnuda y el abandono total. Esta actitud interior, categórica, tiene consecuencias prácticas en los demás dominios. Si somos sencillos con Dios, también lo seremos con los hombres. La falta de simplicidad con el Padre Prior o con el Director es una mezcla de vanidad y de desconfianza que se opone al espíritu de infancia: la suave contemplación nos curará de esos temores y de ese orgullo.

Nos falta sencillez con nuestros hermanos cuando somos susceptibles y suspicaces; en esto otra vez la pretensión de ser alguien, la falta de recogimiento respecto de lo esencial nos hace ver dificultades donde Dios no las puso.

Sepamos mantenernos mejor en los rayos de la presencia divina, que nos hará olvidarnos de nosotros mismos y ser tranquilos y diáfanos. Sólo la belleza de Dios contemplada en su esencia, o en el Amor crucificado, o en el Rostro Inmaculado de María, puede liberarnos de nosotros mismos; sólo ella puede hechizarnos.

Ese es el sentido en que se pronunciaron las palabras de Cristo: la verdad os libertará, *veritas liberabit vos*.

Diremos, pues, esto para concluir: *la vía de amor*, especialmente *la vía contemplativa*, no es fácil, porque exige una donación total; pero no es *difícil* porque tiene ventajas maravillosas: el privilegio divino de la sencillez.

Que la Santísima Virgen y los Santos de quienes celebramos la fiesta nos concedan la libertad interior, y que el amor fielmente amado nos conduzca a la visión, en la unidad, que será nuestro gozo eterno.

FIESTA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

«Virgen única y dulce entre todas.» Así llamamos a María en un himno que recitamos a diario: quisiera meditar un instante con vosotros el ejemplo de su dulzura.

El Evangelio nos dice que los mansos poseerán la tierra, pero también nos dice que los «violentos» son los que conquistarán el cielo. La paradoja desaparece si entendemos que el hombre espiritual hace reinar la mansedumbre en todas sus acciones para con los demás, y la violencia, en cambio, en la prontitud y la pureza con que obedece a la llamada del amor. Es exactamente lo contrario de lo que hace el hombre carnal, despiadado con el prójimo al exterior, pero sin ardor por la justicia ni pasión por la verdad en su interior. La violencia de los espirituales es inseparable de su mansedumbre, y ésta se pierde pronto si no saben oponer una repulsa categórica a la mentira que se oculta en toda excusa o enternecimiento respecto de sí mismo. Cortar con un *sí* o con un *no* la discusión interna: esta franqueza sin contemplaciones para con nosotros mismos, a la que nos invita el Señor, es la condición que ha de cumplirse en primer lugar para que el alma se libere y conquiste el maravilloso privilegio de la mansedumbre.

Esta virtud que distingue a la Santísima Virgen entre todas las mujeres no puede dejar de ser esencial. Observemos en primer lugar que la dulzura de María es como una réplica de la dulzura de Dios. La Santísima Virgen es un espejo terso y limpio, tan exento de formas propias que en él se mira complacida y sin reserva la esencia divina. Las dotes de la Esencia se encuentran en ella, reflejadas en su humildad. Por ello es la Virgen Inmaculada objeto de la contemplación; su pureza responde a la del Acto puro y nos lo revela.

La mansedumbre es, en efecto, un modo de proceder propiamente divino. La violencia es la manifestación de una autoridad que se siente débil: Dios no necesita quebrantar los seres para imponerse. La mansedumbre de Dios no es otra cosa sino su omnipotencia; y la mansedumbre de María, que es la obediencia por excelencia, se confunde en cierta manera con ella. Abandonar sin lucha las pretensiones del amor propio, consentir pacíficamente en lo que piden de nosotros: esto es lo que nos hace conformes a la Santísima Virgen, lo que nos hace heredar su encanto y sus poderes. Porque Dios no niega nada, no puede negar nada a quien se le entrega de todo corazón.

La mansedumbre con las criaturas está hecha de paciencia y de respeto hacia ellas. Se ha dicho de la mansedumbre que era la corona de las virtudes cristianas y un poco más que una virtud. En efecto, es una gracia singular, que penetra toda la persona y toda la conducta, que se extiende hasta a los seres inferiores al hombre, a las cosas inanimadas. Una persona que tiene la virtud de la mansedumbre no abre la puerta y no cambia de

sitio un mueble del mismo modo que una que carece de ella. La sabiduría es mansa; la inteligencia es mansa, porque hay que respetar el objeto para comprenderlo: y la mansedumbre, la dulzura, es inteligente: se apodera del secreto de los seres que se cerrarían ante la precipitación y la brusquedad. La dulzura, la mansedumbre, es virginal, es maternal, y sin ella no puede ser profunda ni eficaz ninguna acción sobre las almas.

Hemos dicho que está hecha de paciencia y de respeto. De paciencia primero. El alma no conservará, en efecto, la mansedumbre, si no está dispuesta a ceder con frecuencia de su derecho, a sufrir todos los días y algunas veces cruelmente. Pero, por otra parte, es verdad que la mansedumbre desarma a todos los adversarios, que quita al dolor su veneno. Nuestros sufrimientos se componen en gran parte de rebelión, de falta de flexibilidad y de abandono.

Es verdad que hay que hacerse violencia a sí mismos para prepararse a deponer toda violencia, pero de un modo más general y más profundo, ese respeto y esa paciencia que hemos de guardar a ejemplo de María, a ejemplo de Dios, en nuestras relaciones para con las criaturas, las necesitamos también para con nosotros mismos. Hace falta mucha paciencia con el alma sin necesidad de hablar del cuerpo: el mayor despliegue de energía natural no nos dará el poder añadir un codo a nuestra estatura, lo dijo Nuestro Señor, y no se cambia gran cosa en cuanto al carácter, siempre bastante malo, que tenemos por nacimiento y por educación. Pero el que reconoce francamente lo que es, y que por lo mismo se libra de la tentación de criticar a los demás; y que, a pesar de esta confesión, no deja de renovar a diario sus esfuerzos cerrando los ojos al resultado, no perseverando sino *por* Dios y no contando sino con su bondad, ése hace más que mejorar: *se deja y se entrega* a Dios, a quien la humildad en el amor da más gloria que cualquier éxito. Cada uno ha de respetar su alma, hija de Dios y desposada con Él; ha de prestarse a la acción del Espíritu Santo en ella, según a Este le plazca. El alma es tan delicada que sólo Dios puede tocarla.

Pidamos a la Santísima Virgen que nos comunique su mansedumbre: ella es la que nos reserva para Dios y nos hace castos en el sentido más elevado, es decir, libres de toda resistencia y dispuestos para la venida del Esposo.

*Virgo singularis
Inter omnes mitis,
Nos culpis solutos
Mites fac et castos, Amen.*

NOCHEBUENA

Siempre que Dios quiere hacer algo grande, que quiere poner los cimientos de una vida nueva, prepara un lugar secreto, un asilo de pureza y de silencio, en el que su acción puede aceptarse de modo íntegro y sin que nada la turbe. Todo empieza así en el recogimiento y en el misterio. Lo vemos en Belén. No es en el tumulto de la ciudad, ni en la plaza pública, donde va a nacer Jesús. Si buscamos este lugar elegido por Dios, nos encontramos en primer lugar con una gruta, retiro excavado en la piedra. Y al fondo de la misma una virgen: la más pudorosa, la más silenciosa, la más discreta de las criaturas. El corazón de esta virgen, en el que no ha penetrado ningún deseo de mundo: ése es lugar que Dios elige para darse a la humanidad. Pues bien, condiciones análogas han de cumplirse en cada uno de nosotros para que recibamos la vida de la gracia y aseguremos su crecimiento hasta que el mismo Cristo viva en nosotros. La Cartuja es un lugar en el que Nuestro Señor quiere encarnar de nuevo: el monasterio cartujano es una imagen de la gruta de Belén y una imagen de la Santísima Virgen. Es un asilo de soledad y de silencio en el que nuestra alma se reserva toda para Dios y la invita por lo mismo a realizar su obra más elevada, que es la de comunicar su gozo.

Pero la Cartuja no será esa Virgen y esa madre de la vida de la gracia para cada uno de nosotros, si no somos fieles a su espíritu: es necesario que estemos atentos a preservar la virginidad de nuestra alma por el recogimiento y el desprendimiento.

Una de las primeras faltas que se puede cometer contra la soledad, es permanecer demasiado apegado al mundo y a su familia. Es claro que no hemos de restar nada de nuestro amor a nuestros parientes y allegados; es más, estamos obligados a amarles cada día con un amor más puro. Y, si están pasando por pruebas y necesidades, justo es que suframos por ello. Pero hay que sabérselos confiar a Dios, y si se sufre hay que saberlo hacer con una confianza y un abandono perfectos, de modo que ese sufrimiento nos una más con Dios, en lugar de distraernos y desviarnos de nuestra vocación.

Otra falta contra el espíritu de soledad, que tiene asimismo apariencia de buena intención, es la de ocuparse de los Hermanos, cuando no se está encargado de ello. Podemos y debemos ayudar espiritualmente a los que viven con nosotros, pero lo hemos de hacer permaneciendo abnegados y serviciales, evitando todo lo que sean habladurías y maledicencias, y sobre todo continuando unidos con Nuestro Señor. Entonces la dulce llama de la caridad cundirá entre los que nos rodean, contribuirá a mantener en la Cartuja esa atmósfera de paz que nos prepara para el cielo, nos consuela y nos santifica. También hay, desgraciadamente, un charlatanería interior, que es raíz de la otra y que nos perjudica mucho. En lugar de pensar en la divina realidad del Amor que nos invita a

servirle en el momento presente, pensamos en cosas irreales, en el pasado, en lo que haríamos en el mundo, en acontecimientos respecto de los cuales no podemos actuar. O andamos dando vueltas a pensamientos de crítica respecto de los Hermanos o de la marcha de la Casa, o, también, nos quejamos interiormente de lo que tenemos que sufrir. Ya sé que el silencio interior no es fácil y que es siempre imperfecto; pero nos hemos de aplicar a él con paciencia. Nuestro corazón es indiscreto: él es quien nos descubre. Hagámosle callar y el demonio ya no sabrá encontrarnos, las tentaciones ya no nos harán mella.

Estos esfuerzos por conservar la soledad y el recogimiento no tienen solamente como fin el asegurarnos la calma y el equilibrio. Se trata de cooperar con el supremo deseo que Dios quiere realizar en nuestra alma, dando en ella nueva vida a su Hijo.

Por muy humilde y escondida que sea la existencia de un Hermano Cartujo, el amor que reina en su corazón es un bien para toda la humanidad. Porque ésta tiene necesidad de caridad; sólo la caridad da alegría, y, por otra parte, la gracia es fecunda; no puede arder en nosotros sin propagarse a muchos otros focos.

Que la Santísima Virgen, oculta y silenciosa en la gruta de Belén, nos ayude a imitarla en el recogimiento y la pureza, en su fidelidad de esposa y su generosidad de madre de las almas.

EPIFANÍA

Quisiera examinar hoy con vosotros una cuestión que interesa a todos los solitarios: *la lucha contra las obsesiones*. Se llama obsesión una idea o una imagen que ocupa en nuestros pensamientos un lugar considerable, siendo así que no debería tener sino una importancia modesta o no desempeñar papel alguno. Aquí tenéis unas cuantas obsesiones que se encuentran con bastante frecuencia en la conciencia de los religiosos: creerse detestado y perseguido; tener celos de la superioridad real o imaginaria de un Hermano y rebelarse contra ella; agobiarse de temor por su salud o por el bien físico y moral de su familia; turbarse, indignarse por las imperfecciones de los demás; consumirse con la preocupación de actuar sobre personas que no se hallan sometidas ni a nuestra jurisdicción ni a nuestra autoridad... He aquí unos cuantos ejemplos, pero la variedad de tendencias o de representaciones que pueden llegar a obsesionarnos es infinita.

El medio de suprimir estos desórdenes sería restituir al juicio la rectitud que le falta. La obsesión, en efecto, se debe en gran parte, si no del todo, a que *no vemos* las cosas como son. Es una noción falsa, la que así se impone e interrumpe el curso normal del pensamiento. Reconocer la falsedad de la idea y rectificarla en virtud de ese mismo reconocimiento sería el más eficaz de los remedios. Pero, desgraciadamente, cuando la facultad de juzgar es defectuosa, no existe medio directo alguno *natural* de mejorarla. Pero sí se puede, esforzándose en tener calma, dando el tiempo necesario a una tranquila reflexión y sobre todo recogiendo en la presencia de Dios, crear condiciones más favorables para su ejercicio. Hay además una virtud enemiga de la tontería: es la humildad. De hecho, el que es humilde es juicioso en cuanto a lo esencial, puesto que sabe colocarse en su lugar. Y cuando nos quedamos en nuestro lugar, que es el último: *recumbe in novissimo loco* (Lc 15, 10), vemos las cosas en su verdadera luz. Un alma poco dotada de lucidez natural, que supiera reconocerlo y someterse al juicio de un director (aunque éste estuviera dotado de un juicio solamente mediano), se libraría con ello de muchos escrúpulos, de muchos pensamientos necios que obsesionarían a otra. Seamos *modestos, abiertos y dóciles*; éstos son los grandes remedios contra esas ideas falsas, cuya insistencia amenaza a la vez hacer desgraciada la vida del religioso y quitarle su nobleza. De lo cual se deduce que, al elegir los candidatos para la vida de cartujo, habrán de considerarse, como cualidades indispensables, un espíritu claro y un sólido buen sentido. Algunas personas se extrañan de esta exigencia. No hace falta tener tanto juicio, si se va a dejar todo, dicen; pero es un error. Para liberarse y desprenderse de las cosas, hay que verlas a la luz de la verdad, sopesar su valor, ponerlas en su lugar.

La capacidad de juicio es tan necesaria —e incluso más— para *renunciar* a los bienes del mundo, como para la conquista y la posesión de estos mismos bienes.

Por otra parte, más de una vez parecerá que no basta con hacer un juicio correcto para librarse de una obsesión. En primer lugar, ésta puede tener un fundamento real: puedo estar obsesionado por una enfermedad o una persecución imaginaria, pero también puede pasar que esté efectivamente enfermo y perseguido. Entonces no será la idea tiránica la que es falsa propiamente, pero quizá sí lo sea la *importancia* que adquiere en nuestra vida interior. Y en muchos casos sabemos con más o menos precisión que lo que tendríamos que hacer sería tener en poco, a la luz de Cristo, aquello cuya imagen o pensamiento nos persigue, pero esto no nos libra de la obsesión. Hay, pues, que convenir en que la voluntad del cristiano está llamada a sostener su juicio y a completarlo en cierto modo: ha de imponer las certezas espirituales a la imaginación y a la sensibilidad. Cuando conocemos ciertas verdades, todavía nos queda hacérselas admitir a la parte inferior del alma. Hay que hacer para esto un esfuerzo continuo para recogerse y moderarse, que es uno de los elementos esenciales de toda vida cristiana. No puede evitarse esta lucha; lo único que se puede hacer es, a fuerza de experiencia, conocer mejor su estrategia.

En primer lugar, la dificultan ciertas condiciones físicas: tratarse de modo adecuado sería, pues, una primera medida. Pero aquí no queremos hablar sino de los medios espirituales. Ahora bien, desde este punto de vista, todas las obsesiones tienen como causa cierta resistencia del amor propio: no queremos aceptar nuestra parte de sufrimientos y de humillaciones. Habría que consentir de una vez en que lo dejen a uno a un lado, en *abandonarse*. Nuestra desgracia no está pendiente más que de un hilo, y ese hilo lo sujetamos nosotros, no queremos soltarnos. Ceder a Dios, de un modo total, radical, lo que nos pide; pronunciar un amén sin reservas, sería la liberación. Hay un proverbio que dice que «donde no hay nada, el rey pierde sus derechos»; del mismo modo, el Príncipe de este mundo pierde su poder contra el que acepta no ser nada; ya no le obsesionan a este último los demonios del orgullo, de la impaciencia, de la envidia, porque ha abandonado todo aquello sobre lo cual podían hacer presa estas potencias.

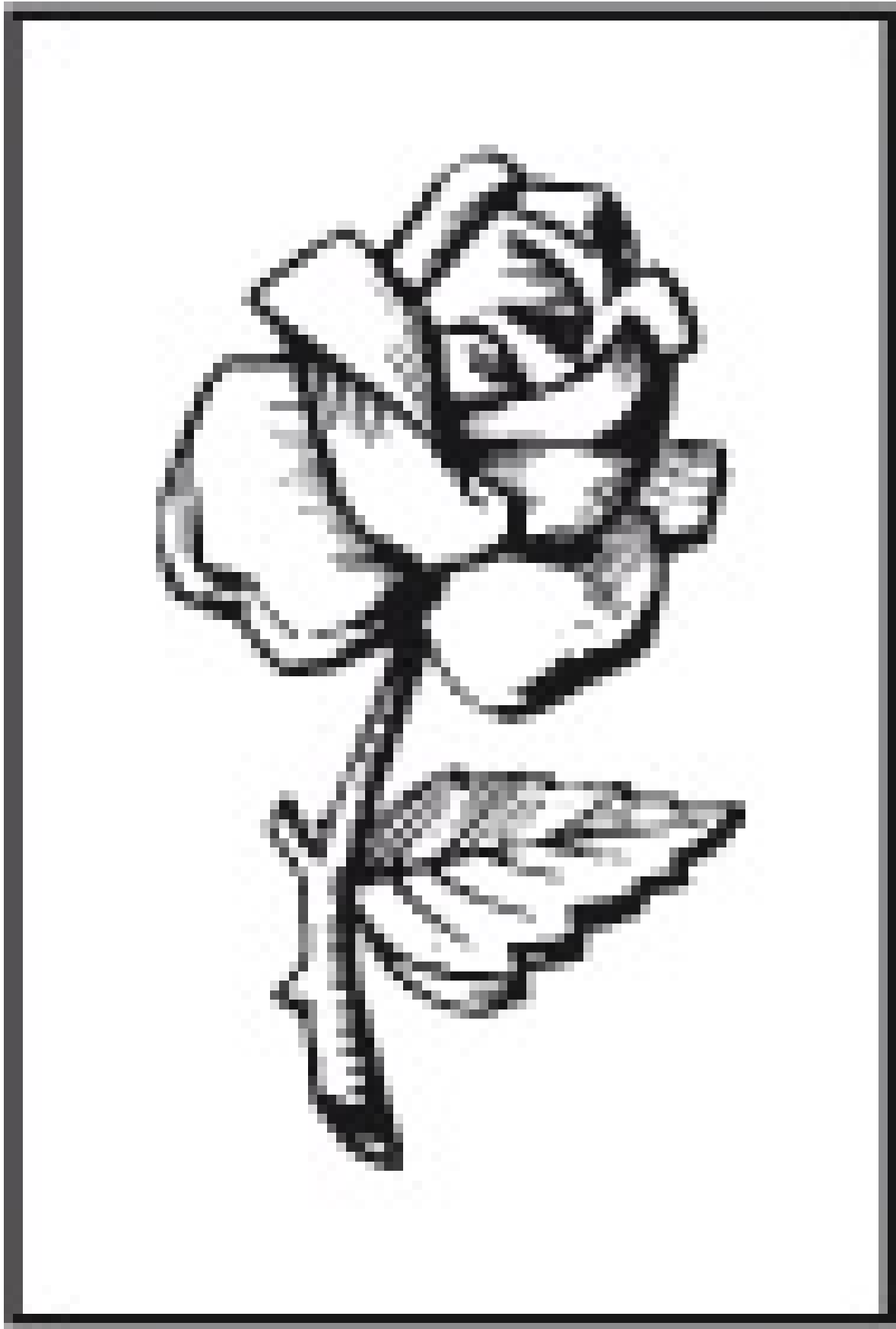
A menudo se cree por un instante haber alcanzado este estado, pero pronto vuelve a imperar la idea cruel: es que nuestra voluntad es débil e inconstante. Sólo la gracia puede ayudarnos a querer; sólo los dones del Espíritu Santo, dones de inteligencia y de sabiduría, pueden curar nuestro juicio, cuya rectitud sobrenatural sigue siendo el elemento decisivo. Este don de sabiduría hay que pedírselo a Dios mediante una oración humilde y obstinada; oración que estará tanto más próxima a ser oída cuanto sea más contemplativa. Pues la rectitud de juicio depende sobre todo de la orientación de la mirada interior: si el alma está habitualmente orientada hacia Dios y le mira habitualmente de frente, aprenderá el bienaventurado olvido de todo lo que no es su amor. Ese es ciertamente el procedimiento soberano, el que al tomar las cosas, en su principio, desde la cima, crea la armonía verdadera y el equilibrio de todo el ser humano. Que María, madre y modelo de los contemplativos, nos obtenga de su Hijo divino, en la fiesta presente de su manifestación, esta liberación interior y su fruto eterno.

Notas

- 1 CARLES RIBA: *Estances*, LI, 1, 35.
- 2 *El pan de cada día*, pág. 98. Colección Patmos, Ediciones Rialp.
- 3 *Nuovi farisei*, «L'Ultima», aprile 1050, Firenze.
- 4 MARAGALL: Elogio de la palabra.
- 5 *Summa Theol.*, II-II, q. 109, 2 ad 4; y q. 111, 3 ad 2.
- 6 *Voyage du Centurion*, II p., c. I.
- 7 *Llama de amor viva*, c. III.
- 8 *Nuovi farisei*, «L'Ultima», aprile 1950,
- 9 SAN AGUSTÍN: *Serm.* 169, 8.
- 10 JESÚS URTEAGA LOIDI: *El valor divino de lo humano*, 6.^a ed., Colección Patmos, Ediciones Rialp, 1956.
- 11 *Imitación de Cristo*, III, c. XXXVII, 1.
- 12 *Brev. Rom.*: «In fest. S. Andreas».
- 13 *Secuencia de Pentecostés*.
- 14 FRAY LUIS DE GRANADA: *Libro de la Oración*.
- 15 BLONDELL: *L'Action*, pág. 230.
- 16 SAN AGUSTÍN: *Serm VI De Nativitate*. Lo mismo dice SANTO TOMÁS: *Ut homines deos facere, factus homo (in officio Smi. Sacramenti)*.
- 17 CLAUDEL: *L'Annonce faite à Marie*.
- 18 DANTE: *La Divina Comedia*, par. 64.
- 19 Liturgia del Viernes Santo.
- 20 Respuesta a la encuesta de «La Vie Spirituelle», febrero 1946. Ni que decir tiene que esta revista señaló y refutó con energía semejantes errores.
- 21 ALFONSO EL SABIO: *Partidas*, XXI, Ley 13.
- 22 Sap 18, 14-15. *Introito* de la Misa de la Vigilia de la Epifanía.
- 23 Cfr. RAIMUNDO PÁNIKER: *De Deo abscondito*, revista «Arbor», núm 25, Madrid, enero de 1948.
- 24 ANTONIO MACHADO: *Caminante, son tus huellas...*
- 25 MARAGALL: *Excelsior*.
- 26 SAN AGUSTÍN: *De natura et gratia*, c. XLIII, n. 5.
- 27 SAN JUAN DE LA CRUZ: *Llama de amor viva*, v. II.

EDICIÓN DIGITAL EN CASTELLANO

ESTE LIBRO DIGITAL, PUBLICADO POR
EDICIONES RIALP, S. A., ALCALÁ, 290, 28027 MADRID, Y
PREPARADO POR DIGITT.ES
SE TERMINÓ
EL DÍA 19 DE MARZO DE 2012
FESTIVIDAD
DE SAN JOSÉ



WWW.RIALP.COM

Índice

PRÓLOGO	10
LOS CAMINOS PEQUEÑOS	13
EL HUMANISMO PELIGROSO	17
LA VIDA DE ORACIÓN	21
LA VIDA EN DIOS	24
INTRODUCCIÓN	26
I. PRINCIPIOS GENERALES	28
FIN SOBRENATURAL	28
LA VIDA DE LA FE	31
LA PRESENCIA NATURAL DE DIOS EN TODAS LAS COSAS	33
LA PRESENCIA SOBRENATURAL DE DIOS EN LAS ALMAS	35
EL PECADO MORTAL ARREBATA AL ALMA LA PRESENCIA DE DIOS	36
¿CÓMO ESTÁ DIOS PRESENTE EN NOSOTROS DE MODO SOBRENATURAL?	37
LA VIDA EN LA PRESENCIA DE DIOS POR FE, ESPERANZA Y CARIDAD	38
II. MODO DE MEDITACIÓN	39
ACTO DE FE	40
ACTO DE ESPERANZA	41
ACTO DE CARIDAD	42
LA TAREA DE LA IMAGINACIÓN	44
CONCLUSIONES PRÁCTICAS DE LA MEDITACIÓN	45
«SE DEBE ORAR EN TODO MOMENTO»	46
FIN Y OBJETO DE LA VIDA DE ORACIÓN	47
LOS OBSTÁCULOS SE VUELVEN MEDIOS	48
APLICACIÓN A LA VIDA PRÁCTICA	49
III. EL ESPÍRITU DEL EVANGELIO	51
NUESTRO REINO ESPIRITUAL	51
ÚLTIMAS PALABRAS DE JESÚS	53
LAS PROMESAS DEL EVANGELIO	55
SERMONES CAPITULARES CARTUJOS	57
OCTAVA DE LA PURIFICACIÓN	58

EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ	62
NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN	64
INMACULADA CONCEPCIÓN	66
EPIFANÍA	68
VIGILIA DE PENTECOSTÉS	70
FIESTA DE TODOS LOS SANTOS	72
FIESTA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN	74
NOCHEBUENA	76
EPIFANÍA	78
Índice	7